

GENES DE MUERTE

Burton Hare

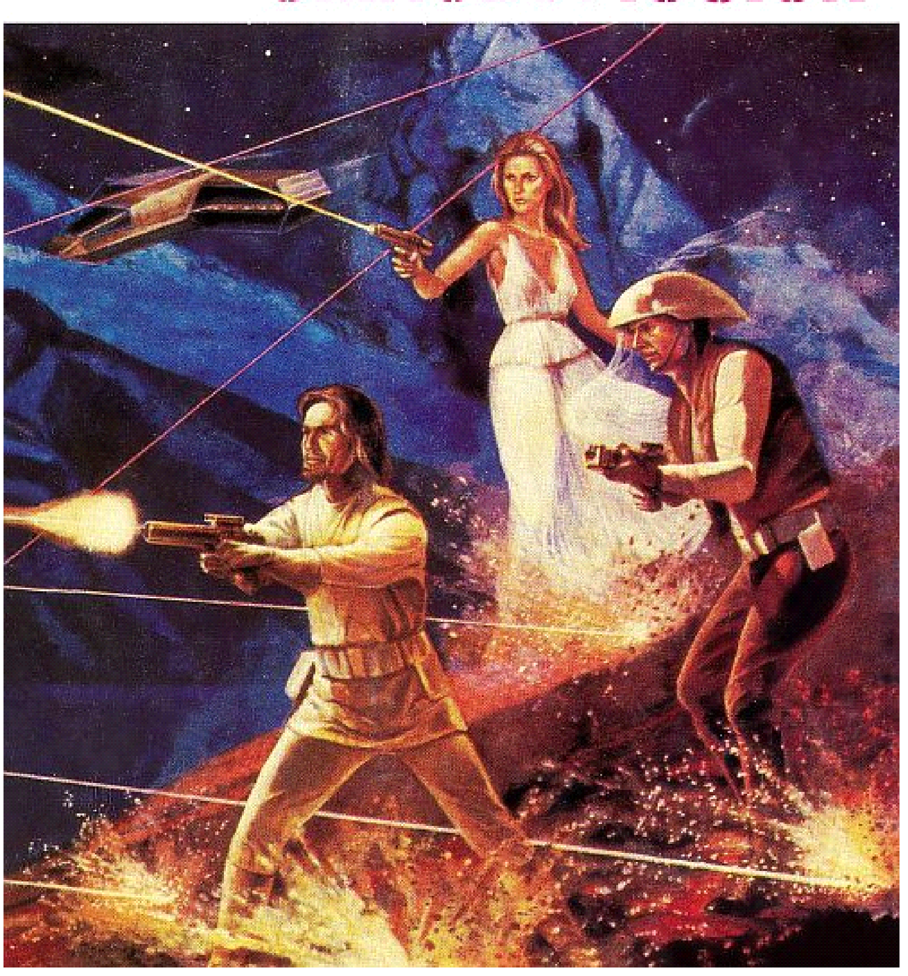
CIENCIA FICCION

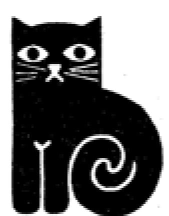
BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

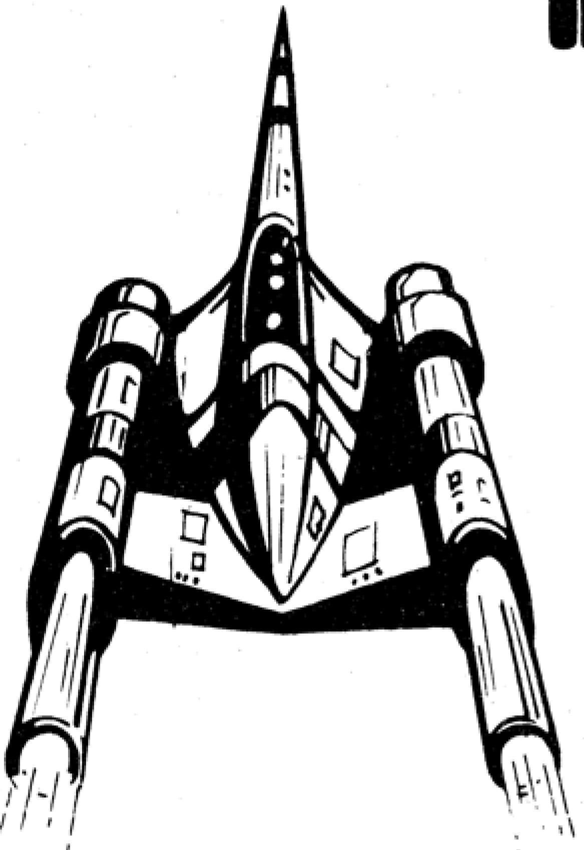
GENES DE MUERTE

Burton Hare

CIENCIA FICCION







La conquista del ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

470 — *En las fronteras galácticas* — A. Thorkent

471 — *Retrato de un hombre imposible* — Kelltom McIntire

472 — *Flecha estelar* — Glenn Parrish

473 — *Base marciana "Juno"* — Joseph Berna

474 — *¡Destruid ese planeta!* — Clark Carrados

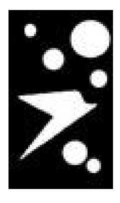
BURTON HARE

GENES DE MUERTE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 475

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 24.759 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: septiembre, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con

personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

1980

MISTERIO EN LAS MONTAÑAS

SAN BERNARDINO

Extrañas luces desaparecen en la tierra.

Testigos presenciales cegados momentáneamente.

San Bernardino. California. — Un grupo de excursionistas de la localidad de India, acampados en las estribaciones de las montañas San Bernardino, vieron descender cinco gigantescas luces blancas. Las bolas de luz desaparecieron al otro lado de la montaña produciendo un sonido agudo y silbante. Los excursionistas escalaron los roquedales, atraídos por el intenso resplandor, y llegaron a tiempo de ver cómo, igual que si se apagaran unos focos, las luces, posadas sobre la ladera, se amortiguaban primero, para apagarse totalmente instantes después.

Examinado el terreno, no se halló el menor rastro del fenómeno, pero los testigos, aún impresionados por su experiencia, aseguran que tras unos momentos de contemplar el resplandor quedaron cegados no pudiendo distinguir ni sus propias manos. También reconocen que entre ellos cundió el pánico y que huyeron del lugar rápidamente.

Del extraño fenómeno se ha dado cuenta al Cuartel General del Aire.

(*San Bernardino Herald*,

9 de abril de 1980.)

* * *

Wickenburg, Arizona. — Un granjero del condado de Cordes asegura haber visto descender un platillo volante en sus tierras. El

gigantesco disco provocó la desbandada de las reses, desencadenó un pequeño incendio en un bosque próximo y estuvo posado sobre un campo propiedad del ranchero Herman Cool, quien pudo contemplarlo a una distancia de cien metros soportando un intensísimo calor.

Unos minutos después de su aterrizaje, el misterioso aparato remontó el vuelo y en una acelerada increíble desapareció en el firmamento en unos segundos.

Pero, y esto es lo impresionante, Herman Cool asegura que después del despegue, quedaron en el suelo dos extrañas siluetas más o menos humanoides. Paralizado de espanto, no se atrevió a moverse de su observatorio. Las siluetas dieron unos pasos, como si flotaran en el aire. Luego, en medio de un chispazo cegador, desaparecieron.

El granjero Cool corrió a su casa, se armó con un rifle, y regresó al lugar de su experiencia. Buscó a los extraños, pero allí donde viera el chispazo no quedaba nada más que una extraña materia blanda, grisácea, que podía confundirse con el polvo.

Expertos de Phoenix han llegado al condado de Cordes para iniciar una investigación. También se ha dado cuenta del fenómeno al Centro de Investigaciones Libro Azul.

(*Phoenix News,*

26 de mayo de 1980)

* * *

EXTRAORDINARIA EXPERIENCIA

DEL MATRIMONIO TOM Y HELEN BATES,

DE AI.BUQUERQUE, NUEVO MEXICO

Los Bates juran: *Los vimos descender. Los vimos morir y después el platillo se desintegró.*

Tom y Helen Bates regresaban de una fiesta, cuando un platillo volante descendió a un lado de la carretera. Instantáneamente, el sistema eléctrico del coche de los Bates dejó de funcionar. Se apagaron los faros y el motor se paró.

El joven matrimonio no acertó a moverse del coche, sobrecogido de espanto. Según su descripción, el extraño aparato era de forma circular, de unos treinta metros de diámetro, y despedía una viva luminosidad azulada.

Lo vieron posarse suavemente en el suelo. Los matorrales próximos al aparato se incendiaron bruscamente, en una llamarada fulminante que los consumió en unos segundos. Luego, la luminosidad del platillo volante se apagó paulatinamente y sólo quedó un aplanado rayo de luz blanca a cuyo extremo se abrió una escotilla en la que aparecieron dos seres de gran estatura.

La señora Bates gritó de espanto y se desmayó cuando los vio descender por el rayo de luz, cual si éste fuera una escalera automática. El señor Bates no pudo apartar la mirada de los extraños aparecidos, y así los vio pisar tierra firme. Asegura que primero tantearon el suelo con los pies, y que sus movimientos eran rígidos, como si fueran autómatas.

La señora Bates recobró el conocimiento y empezó a gritar de nuevo. Su esposo intentó calmarla, pero los seres del ingenio volante no parecían oírla. Vieron como tras una vacilación, ambos procedían a despojarse de sus cascos, que quedaron colgando sobre su espalda. Debido a la escasa luz no pudieron ver con detalle sus caras, pero el contorno de sus cabezas dicen que se asemejaba mucho al de cualquier habitante de la Tierra.

Instantes después, los extraños seres se agitaron con terrible angustia, retorciéndose. Se llevaron las manos, a la cara antes de caer de bruces. Ya en el suelo, Tom Bates afirma que al parecer hicieron grandes esfuerzos para llevarse las manos al cinturón brillante que les rodeaba el cuerpo. Cuando lo consiguieron, hubo un estallido cegador, silencioso, y cuando el brillo se apagó ya no pudieron ver a los dos misteriosos individuos.

Los Bates se abrazaron, casi histéricos de terror. Estando aún abrazados, el platillo volante explotó.

La explosión lanzó el coche de los Bates a diez metros de distancia dando tumbos. Una llamarada azul lo envolvió todo, incendió árboles y matorrales alrededor y llegó hasta la carretera. El intenso calor destruyó por completo la pintura de la carrocería del coche, pulverizó los cristales y produjo graves quemaduras a Tom y a Helen.

El lugar ha sido acordonado y se espera la llegada de expertos del

Gobierno en temas espaciales.

Los esposos Bates están atendidos en el hospital Buen Samaritano, de Santa Fe, y se recuperan lentamente de sus gravísimas quemaduras.

(*Santa Fe Daily News,*

5 de abril de 1980)

* * *

Del *New York Times*, del día 10 de julio de 1980.

Resumen de la encuesta abierta por el periódico.

Por todo lo cual, nuestro equipo de redactores ha llegado a las conclusiones siguientes:

Primero:

Desde finales de 1979 han tomado contacto con la Tierra innumerables ingenios mecánicos procedentes de otros mundos, la mayoría en los estados secos y cálidos del suroeste de Estados Unidos.

Segundo:

La mayor parte de testimonios recogidos tienen un alto porcentaje de credibilidad, al contrario de lo que ocurría tan sólo hace unos años.

Tercero:

Por primera vez desde las primeras apariciones de OVNIS, los expertos han podido recoger muestras suficientes de su presencia para ser analizadas científicamente, como por ejemplo en las proximidades de Albuquerque.

Cuarto:

Las muestras, o restos de los tripulantes que, según los testigos, se autoinmolaron o se destruyeron por alguna clase de control remoto, preocupan extraordinariamente a los científicos que tratan de analizarlas. A pesar de que nada ha trascendido respecto a su composición y naturaleza, parece ser que el polvo grisáceo recogido en distintos lugares, tiene la misma composición química, idénticos componentes orgánicos. Una fuente extraoficial ha manifestado a uno

de nuestros redactores que, en un primer examen, parece como si esas muestras fueron los restos semicalcinados de grandes cerebros análogos a los de la raza humana, pero de un tamaño muy superior.

Nuestro equipo de expertos redactores continúa trabajando en el tema. Podemos asegurar a nuestros lectores que, en las próximas fechas, podremos ofrecerles revelaciones aún más asombrosas sobre este fenómeno que inquieta actualmente a todas las naciones de la Tierra…

CAPÍTULO II

1985

La casa era aplanada, incrustada en el risco. Las grandes terrazas sobresalían de las rocas, como flotando sobre el vacío que se abría delante. Desde las bajas barandillas se divisaba un panorama inmenso, sobrecogedor en su desolación, hasta que la mirada tropezaba, en la lejanía, con el lago Salton.

Los mortecinos rayos del sol poniente acariciaban el bellísimo cuerpo desnudo de una muchacha tendida en la terraza, como resistiéndose a despegarse de su piel dorada. Las montañas San Bernardino ofrecían sus tonos morados del crepúsculo, las oscuridades de sus fragosas hondonadas y el misterio de sus contornos atormentados.

La muchacha tendida en la terraza abrió los ojos y comprobó que el sol estaba a punto de desaparecer y, con un suspiro, se incorporó sobre un codo.

Llegaba un aire cálido que agitaba sus cabellos rojizos.

—¿Brad? —exclamó.

—¿Sí, nena?

La voz del hombre surgió del interior de la casa.

—¿Aún sigues con tus malditos papeles?

El rio allá dentro. La muchacha sacudió la cabeza, resignada, y levantándose tendió la mirada por aquel mundo que se extendía hasta el infinito. Las primeras estrellas, aún pálidas, titilaban en un cielo sin una nube.

Atrapó una bata y envolviéndose en ella entró en la casa.

Encontró a Bradley Crum sumergido en un montón de documentos, libros y hojas de papel llenas de nerviosa escritura.

—¿Aún no terminas?

El la miró sonriendo. Era un hombre alto, de anchos hombros y rostro varonil y atractivo. Llevaba un slip de baño por todo vestuario.

—¿Qué te pasa, empiezas a echar de menos la ciudad?

—¡Diablos, no! Te echo de menos a ti. Desde que llegamos apenas me haces caso. Una chica necesita ciertas atenciones de vez en cuando y tú deberías saberlo.

Él se levantó:

—Sí, ya sé. Discúlpame, querida, pero ya sabes cuán importante es para mí terminar este trabajo cuanto antes.

—No estoy muy segura de que me guste que lo termines.

—¿Por qué?

—¿Y he de decírtelo? Si tienes éxito y todo sale bien, te meterán en esa lata junto con esos otros dos locos y… —se estremeció como sacudida por una fría corriente de aíre—. No creo que vuelva a verte nunca más.

—Eso no es más que un proyecto. Ni siquiera, está aprobado aún el presupuesto extraordinario para el experimento.

—Yo sé lo que me digo.

Él le rodeó el cuerpo con los brazos, estrechándola contra su torso desnudo. Por un instante se miraron intensamente. Luego, Brad inclinó la cabeza y su boca se apoderó de los labios de la muchacha como si quisiera devorarlos,

Permanecieron unos minutos besándose con apasionada ferocidad. La pelirroja notó la llama viva de la lengua de él abriéndose pasó, entre sus dientes y cerró los ojos,

Cuando él aflojó la presión de los brazos, la muchacha agitó sus hombros y la bata se deslizó a lo largo de su cuerpo hasta arremolinarse a sus pies.

—¿Quieres? —susurró.

—Naturalmente.

El la acarició con la mirada de arriba abajo. Había mucho que ver, porque además de un rostro de exquisita belleza, la joven poseía unos pechos pequeños, prietos, agudos y duros, en los que los pezones excitados semejaban ópalos rojizos.

Tenía una cintura que uno casi podía abarcar con la mano, y unas caderas finas, redondeadas en las proporciones justas para no resultar ampulosas. Y sus piernas largas, bien modeladas, de muslos hermosos coronados por la mancha oscura del pubis, hubieran hecho la felicidad de un escultor de la antigua Grecia.

—En la terraza —sugirió.

Él se encogió de hombros.

—¿Qué más da un lugar que otro? Lo importante es que estés tú en él.

Casi la levantó en vilo cuando la abrazó y echó a andar hacia el exterior.

La noche se les echó encima como un oscuro manto. Ahora, el brillo de las estrellas, en aquella atmósfera limpia, era intenso, vivo como el palpitar de millares de corazones remotos.

La muchacha se tendió sobre el gran colchón de espuma y miró hacia arriba, hacia el hombre que la contemplaba a su vez con el amor y el deseo brillando en sus ojos grises. Le sonrió.

—Me gusta que me mires así —susurró—. Es como si tus ojos acariciaran mi piel…

El *slip* voló a un lado y Brad se tendió junto a la muchacha. Ladeó la cabeza y la besó,

Ella le enlazó el cuello con sus brazos.

—Así —jadeó—. Eres mío, Brad, y no quisiera compartirte ni siquiera con tus sueños.

—Tú eres mi más hermoso sueño.

Bajó la cabeza Su aliento acarició los senos trémulos, y luego fueron sus labios los que se posaron sobre ellos como en una tierna adoración.

Ella le apretó la nuca, estrechándole así, cual si quisiera retenerle eternamente contra su cuerpo.

—Ahora —murmuró—. Ahora, Brad…, amor mío…

—Sí.

La besó en la boca antes de poseerla. Vio muy cerca de los suyos

los ojos brillantes de Joan y se dispuso a gozar con ella todas las mieles del amor que le brindaba.

Fue en aquel instante que ella exclamó:

—¡Mira, Brad!

—¿Qué?

—¡Mira!

Ladeó la cabeza.

Una estrella parecía haberse desprendido del firmamento. Se desplomaba a una velocidad escalofriante deslizándose en la bóveda negra y profunda de la nada.

—Una estrella fugaz —comentó Brad.

—¡Pero es enorme…!

—Olvídala.

Se colocó sobre la muchacha suavemente. Por un instante pareció como suspendido en el aire y vio que ella empezaba a entornar los ojos, anhelante por recibirle en su cuerpo.

Pero de repente volvió a abrirlos hasta que casi se desorbitaron,

—¡Brad!

—¿Qué te pasa ahora?

—¡No es una estrella!

—¡Cuernos! ¿Es en eso en lo que piensas precisamente ahora?

—¡Mira!

Él se levantó, excitado y furioso.

Su mirada buscó el espacio y entonces olvidó a la muchacha y a todo lo que no fuera aquella cosa luminosa que se desplomaba sobre la tierra.

—¿Qué es eso, Brad?

—Ojalá lo supiera…

En apariencia, era una inmensa bola de luz azulada desplazándose a una velocidad que ningún ingenio terrestre podría

conseguir sin desmenuzarse.

—Un OVNI tal vez... un platillo volante...

—¡Viene hacia aquí!

El sacudió la cabeza.

—Ni lo sueñes. Describe una gran parábola, fíjate. Irá a caer al otro lado de las montañas.

Ella se había levantado también y, desnuda como estaba, se apretaba contra el recio cuerpo de él cual si buscara sentir su calor para darse ánimo.

De repente, aquella intensa luz perdió velocidad, hasta el extremo de que pareció detenerse allá arriba, inmensamente lejos aún. Luego, como si flotara, siguió su descenso mucho más despacio.

—Es la primera vez que veo uno de esos fenómenos —rezongo él —. Reconozco que siempre dudé de su existencia real...

—¿Dudaste? Entonces, ¿por qué te has inscrito en ese proyecto de locos?

—Precisamente para confirmar o desechar mis dudas.

La luz, en la lejanía, volaba ahora describiendo un inmenso círculo, majestuosa, segura, destacándose en la negrura igual que la luz de un faro.

Brad corrió al interior de la casa, y volvió a salir armado de unos potentes prismáticos. Enfocó el misterioso objeto y trató de penetrar en su cegadora luminosidad.

—No veo más que el resplandor —refunfuñó—. Desciende tan seguro como uno de nuestros modernos jets.

Instantes más tarde, la luz empezó a amortiguarse. Cambió incluso de tonalidad, volviéndose primero verdosa y luego de un leve tono anaranjado.

—¡Ahora! —exclamó Brad—. ¡Es una-máquina…, veo los contornos...!

—¡Déjame verlo, Brad!

Ella se apoderó de los prismáticos. Contuvo el aliento. El lejano aparato tenía forma circular, y aunque no podía distinguir los detalles

a causa del resplandor anaranjado, no cabía ninguna duda de su sólida estructura de color oscuro.

Brad tomó otra vez la lente y miró. El resplandor casi se había apagado. Estaba fascinado ante las colosales dimensiones de la extraña nave.

Luego pareció rozar las crestas de los montes y desapareció al otro lado.

Los dos jóvenes quedaron inmóviles, mirándose sobrecogidos.

Ella balbuceó:

—¿Qué hacemos? Habría que dar la alarma…, eso era una nave sin ninguna duda.

—Espera.

Entraron en la casa y, Brad desplegó un detallado mapa del estado de California. Realizó unos rápidos cálculos y murmuró:

—Deben haber aterrizado en las inmediaciones del desierto… Pasa una carretera por esos parajes… la 241. Quizá alguien más los descubra y dé la alarma…, sin embargo, voy a llamar por el radioteléfono.

Ajenos a su completa desnudez, se precipitaron hacia el garaje. Brad atrapó el auricular del radioteléfono y estableció comunicación con la central de Calipatria, la localidad más próxima en la zona.

—¡Habla Bradley Crum! —dijo—. Comuníqueme con el *sheriff* local, por favor.

Una voz gruñó algo, y un instante después fue un hombre quien gritó:

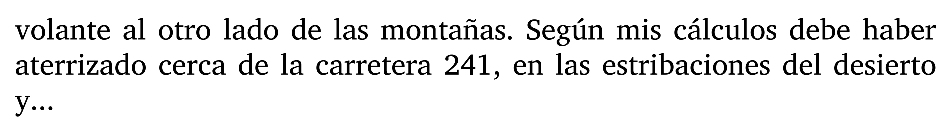
—¡El *sheriff* Byers! ¿Qué ocurre?

—Aquí Crum. Tengo una casa en los riscos, ¿recuerda? Nos conocimos hace algún tiempo y usted dijo que yo estaba chiflado por edificar en ese lugar…

Sonó una risita.

—Le recuerdo perfectamente, señor Crum. ¿Qué le pasa, se le desmorona la casa riscos abajo?

—Nada de eso. Hemos visto descender un gigantesco objeto


volante al otro lado de las montañas. Según mis cálculos debe haber aterrizado cerca de la carretera 241, en las estribaciones del desierto y…

—¡Espere un minuto! —le atajó la voz—. ¿Quiere decir que ha visto un platillo volante?

—Exactamente.

—Al otro lado de las montañas

—¡Seguro!

—Entonces, ¿por qué infiernos me llama a mí? Estoy a ciento cincuenta millas de ese lugar, poco más o menos.

—¡Maldita sea, hombre! ¿A quién quiere que avise? Usted sabrá a quién debe llamar, o cómo dar la alarma en esa zona.

—Oiga, su voz suena muy excitada. ¿No habrá bebido más de la cuenta, señor Crum?

Brad casi mordió el teléfono.

—¡No! —rugió—. Y no estoy acostumbrado a excitarme fácilmente. Pertenezco al Centro de Estudios Espaciales de Houston, por sí eso le interesa.

—Está bien, está bien, haré lo que pueda. Ojalá pudiera disponer de un helicóptero…

La comunicación se cortó. Brad maldijo entre dientes antes de colgar.

Joan susurró:

—¿No te creyó?

—Al final supongo que sí.

—Hacía años que no se oía hablar de estas apariciones…

—Desde el año ochenta, cuando yo estaba aún en la universidad. Recuerdo que entonces hubo una oleada de apariciones de OVNIS. Incluso hubo quien dijo haber visto seres extraterrestres que se autodestruían o algo así.

Los dos tendieron la mirada hacia las oscuras cumbres rocosas, que ahora eran apenas visibles en las tinieblas de la noche.

Instintivamente, Joan se abrazó a él. Estaba temblando.

Con una voz que apenas se oyó, dijo:

—Tengo miedo, Brad…

—Mi pequeña gatita…

La besó en la boca, pero incluso en esos instantes siguió pensando en el lugar adonde podía haberse dirigido aquella extraña máquina, aquel increíble ingenio cuyo origen sólo Dios podía saber.

CAPÍTULO III

Martin Lewis conducía su flamante coche movido por un motor de turbina. A una marcha de ciento cuarenta millas por hora, gozaba del placer de la velocidad por la desierta carretera 241.

Era un buen conductor. Los coches habían sido su hobby desde que pudo permitirse el lujo de cambiarlos según iban surgiendo nuevos adelantos en el mercado. De modo que conducía con seguridad, relajado, pensando en esto y aquello, cuando la intensísima luz le cegó.

Fue algo visto y no visto. Primero, ante los conos de luz de sus faros todo era oscuridad. Y de repente aquella cosa inmensa desplomándose majestuosa sobre la tierra. Aplicó los frenos de modo instintivo. Advirtió que los circuitos eléctricos del auto fallaban. Las luces se extinguieron y el poderoso motor emitió unos extraños crujidos antes de pararse.

Estuvo tentado de saltar del coche y echar a correr, pero la fascinación del extraño fenómeno le mantuvo clavado en el asiento, intentando ver a través del resplandor que ahora iba debilitándose.

Antes que se extinguiera del todo ya había descubierto las gigantescas proporciones de aquella máquina. Abrió la portezuela y se apeó, incrédulo.

Ahora, aquello, fuera lo que fuere, estaba allí, inmenso, posado sobre la tierra. De repente se encendió una luz amarilla, muy semejante a un pequeño faro, de una intensidad desconocida, y el extraño rayo le bañó con su luz. Lewis se asombró de no experimentar ningún temor.

Una escotilla se abrió en el borde de la nave. Quedó iluminada, abierta, pero nadie apareció.

Martin Lewis echó a andar como atraído por un imán. Caminó el trecho que le separaba de la nave sin vacilaciones, tranquilo, seguro, impulsado quizá por un vivo sentimiento de curiosidad.

Se detuvo delante de la escotilla, que quedaba a una altura de diez metros del suelo.

Estaba preguntándose cómo ascender hasta ella, cuando se encontró en el interior de la nave sin tener ni la más remota idea de

cómo había entrado.

Seguía sin experimentar ningún temor. En realidad, su estado era como el de un sonámbulo. Lo miraba todo sin comprender nada, excitada tan sólo su curiosidad.

Ni cuando aparecieron las tres altas figuras notó temor alguno. Eran mucho más altos que él, más recios, y vestían unos ajustados uniformes plateados, como si fueran de un metal dúctil, muy flexible. Sus grandes cabezas estaban protegidas por cascos redondos, sólidos y macizos, que dejaban ver sólo una rendija a la altura de sus ojos, si es que había ojos detrás de la oscura rendija.

Se quedaron inmóviles casi un minuto, mirándole, o quizá buscando el modo de abordarle, según pensó Lewis.

Después ya no pensó nada. Su mente dejó de funcionar y se quedó allí rígido, mientras los tres extraños seres le quitaban con exquisito cuidado todas sus ropas.

Completamente desnudo, le tendieron sobre un rígido lecho anatómico. El cuerpo de Lewis se adaptó a él perfectamente.

Los desconocidos gesticularon con suavidad, como en una amistosa charla, aunque ningún sonido brotó de sus escafandras. Después, uno se instaló ante un panel abarrotado de controles, diminutos diales, pequeñas llaves de mando y mecanismos de una complejidad asombrosa.

Los otros acercaron un instrumento dotado de dos tentáculos flexibles, terminados en sendas ventosas. Con extremado cuidado, fijaron las ventosas a las ingles de Martin Lewis, y apartándose esperaron.

El de los controles manipuló en ellos. Todos sus movimientos eran calmosos pero seguros. Un dial se iluminó. Otro comenzó a despedir destellos azulados. Por un brevísimo instante, el cuerpo de Lewis sufrió una ligera contracción, como sacudido por un espasmo. Después siguió inmóvil.

Un apagado zumbido se alzaba de la extraña máquina. Un zumbido que cesó unos segundos más tarde, sin que Martin Lewis hubiera dado señales de vida.

Lo primero que supo cuando recobró la consciencia, fue que sentía frío, que estaba sentado en su coche, que estaba desnudo como un gusano y que sus ropas se hallaban sobre el asiento, a su lado,

amontonadas allí sin ningún cuidado.

De la inmensa nave no quedaba hi rastro.

Tiritando, con un ligero dolor en las ingles, saltó del coche para vestirse rápidamente.

Acababa de ponerse los pantalones, cuando en la distancia empezó a oírse el aullido de una sirena.

Los policías del auto-patrulla le sorprendieron cuando se abrochaba la camisa.

—¿Ha tenido un accidente? —se interesaron.

Martin Lewis titubeó entre contarles su asombrosa experiencia o no.

—Realmente —dijo—, no fue un accidente. Verán, yo... vi un platillo volante, ¿saben?

Los dos policías cambiaron una rápida mirada.

—¿Dónde?

El señaló por encima de su hombro.

—Ahí, a unos doscientos metros. Era inmenso..., como de unos cincuenta metros de diámetro, creo yo.

—Siga.

—¿Me creen ustedes?

Se encogieron de hombros.

—De momento, lo escuchamos. Tenemos un aviso del *sheriff* del condado de Calipatria, al otro lado de los montes, sobre un objeto luminoso que descendía por estos contornos.

—¡Era ese platillo, seguro! Primero despedía luz, después no...

—¿Y qué pasó, por qué se quitó usted las ropas?

—Eso es lo más extraño. Recuerdo que entré en esa nave, o lo que fuera...

—¿Que usted entró en ella? —exclamaron los policías.

—Seguro, aunque no me pregunten cómo ascendí hasta escotilla,

porque no lo sé. Sin embargo lo recuerdo perfectamente, yo estaba allí dentro, mirando estupefacto un gigantesco tablero de controles y todo lo demás, cuando surgieron los tres hombres. Bueno, yo no sé si eran hombres o qué eran. Llevaban una especie de armaduras plateadas, pegadas al cuerpo.

—¿Y…?

—Nada, ya no sé nada más. Desperté aquí, en mi coche, desnudo y temblando de frío y de esa maldita máquina no quedaba ni rastro…

Los policías le observaron con evidentes dudas. Uno propuso:

—¿Tendría usted inconveniente en someterse al test alcohólico?

—¿Creen que estoy borracho?

—Es sólo una comprobación.

—No he bebido una gota hace más de seis horas.

—Lo comprobaremos…, entretanto, si es tan amable, muéstrale a mi compañero sus documentos.

Cuando acabaron con la prueba hubieron de rendirse a la evidencia: Martin Lewis no mostraba el menor signo de alcohol en la sangre.

—Vamos a dar un vistazo allí delante —decidió el policía que parecía llevar el mando.

El terreno donde estuviera posado el platillo volante aparecía revuelto, como si un huracán hubiera sacudido la corteza arenosa. Pero había algo más.

Unas colosales huellas en el suelo. Las huellas de algo pesado, sólido, que se habían hundido profundamente en un suelo no muy compacto.

—Hay cuatro de esos hoyos, y juraría que entre ellos existe una distancia exacta. Hay que pedir ayuda —gruñó el policía más viejo—. No me gusta nada todo esto…, si un aparato volador ha dejado estas huellas, debía pesar más que una casa de ladrillos.

El otro corrió al coche-patrulla para radiar un aviso.

Lewis sintió un escalofrío.

—No puedo comprender por qué mil demonios estaba desnudo

cuando desperté.

—¿Se siente usted bien, señor Lewis?

—Sí…, excepto un ligero dolor en las ingles. No lo había experimentado nunca hasta hoy. Supongo que será debido al frío que pasé, estando sin ropas.

—Seguramente… Vaya a su coche y descanse.

—Oiga, dígame la verdad. ¿Me creen ustedes?

El agente señaló los hoyos hundidos en el suelo.

—Eso…, algo lo ha impreso en la tierra. Algo tremendamente pesado…, no le puedo decir más.

Lewis cabeceó y fue a refugiarse en su vehículo, mientras los policías esperaban instrucciones y refuerzos con que acordonar toda aquella zona.

* * *

El veloz coche deportivo tomó una amplia curva sin disminuir la velocidad. El viento cálido del desierto agitaba los pelirrojos cabellos de Joan como si fueran una bandera de combate.

Brad comentó:

—Espero llegar al amanecer…

—Si no nos matamos antes. Debí estar loca cuando me enamoré de un loco.

Él se echó a reír y hundió un poco más el acelerador.

—Si hubiésemos salido antes —dijo—, ahora no tendría necesidad de correr.

—¿Y quién se entretuvo? No querías soltarme ni amenazándote con una pistola, querías más, una y otra vez, como si esta fuera la última noche de este mundo. Perdiste la chaveta, eso es.

—No me digas. Si mal no recuerdo, fuiste tú quien dijo que no quería soltarme, que deseabas sentirme dentro de ti por el resto de tu vida, aun a riesgo de pillar una pulmonía, desnudos en la terraza.

—Deberías tener la decencia de no mencionarlo, por lo menos.

Los dos rieron y la muchacha se deslizó por el asiento, apoyando la cabeza, en el hombro de él.

—Cuando regresemos lo haremos otra vez —dijo—. Y no te soltaré en una semana, aunque aparezca toda una legión de hombrecillos verdes de Marte con sus naves.

—En Marte no hay hombrecillos verdes ni de ningún otro color, nena.

—Ya sabes lo que quiero decir…

El coche de turbina volaba en la negrura de la noche. A su derecha, la desolada soledad del desierto se extendía hasta el infinito. Al otro lado, las montañas se alzaban dividiendo en dos un mundo sombrío y silencioso.

De repente, la muchacha preguntó:

—¿Qué esperas descubrir allí, Brad? El *sheriff* dijo que la nave ya no estaba…

—Pero también habló de unas huellas, y de que había un testigo, Quiero hablar con él.

Apenas cambiaron más palabras en la siguiente media hora.

Cada uno de ellos parecía sumido en profundas meditaciones, aunque bien es verdad que eran muy distintas las de uno y el otro…

* * *

Regresaban de una excursión al Gran Cañón del Colorado, en el Parque Nacional. La noche les había sorprendido entregados a sus juegos amorosos, después de todo un día extasiándose en el majestuoso paisaje que es una de las maravillas de la Tierra.

Además, eran recién casados. Tenían derecho a perder un poco el control, sobre todo allá arriba, en las crestas atormentadas y solitarias de lo que parecían los restos de un cataclismo geológico que hubiera convulsionado el mundo, nadie sabía cuándo.

El conducía con cuidado por la difícil carretera, descendiendo hacia el llano. La muchacha permanecía estática, sumergida en las sensaciones vividas con toda intensidad.

—Resse… —suspiró.

—¿Sí, amor mío?

—Para ahí, donde puedas.

—¿Por qué? Llegaremos al hotel tan tarde que nos quedaremos sin cena.

—¡Al diablo el hotel!

El la miró por el rabillo del ojo. Lo que vio en las encendidas pupilas de su flamante esposo le produjo un escalofrío de placer anticipado.

—Espera que encuentre un lugar donde meter el coche —murmuró.

—Estás deseándolo también, ¿no es cierto?

—Más que tú, querida.

—¿Crees que siempre será así?

—No lo sé, supongo que con el tiempo las cosas cambiarán, pero hasta entonces...

Se rieron como dos chiquillos. Realmente, eran poco más que dos chiquillos.

Dos millas más adelante había una explanada junto a la carretera. Estaba oscuro como boca de lobo, pero los faros descubrieron el desvío y Resse Shepherd desvió el coche, deteniéndose instantes más tarde.

Apagó los faros y el motor y volviéndose hacia la muchacha la encerró entre sus brazos. Se besaron dulcemente, dejándose mecer por la delicia de aquel instante, preludio de otros más profundos. El empezó a desabrochar el vestido de la joven descubriendo su juvenil busto, besándolo con ternura, ajeno a todo lo que no fuera el placer y el amor que les unía.

En aquel instante, la luz cegadora inundó el coche arrancándoles un grito de alarma.

Se volvieron, enderezándose en el asiento. El rayo de luz parecía nacer delante del coche, como si surgiera de la nada. Bien es verdad que nada podían ver, cegados por el resplandor. Sin embargo, la intensidad brillante no era dolorosa. Ni siquiera les obligaba a entornar los ojos. Sólo parecía arrancarles la voluntad.

La muchacha balbuceó:

—¿Qué... qué es eso, Resse?

—No lo sé..., parece un faro suspendido a diez o doce metros del suelo...

—Vámonos de aquí.

Con gestos torpes, él giró la llave del encendido.

El motor no respondió. No dio la menor señal de actividad.

Abrió la portezuela y se apeó. Sentía una extraña laxitud en todos los miembros, pero ningún temor.

Desde el suelo, cuando la luz se amortiguó, pudo ver la masa oscura de un aparato como no viera otro jamás.

—¡Un platillo volante, Phyllis! —exclamó—. ¿Te das cuenta? ¡Es un platillo volante!

—Resse...

La voz de la muchacha sonó desfallecida, débil.

Él no le prestó atención. Echó a andar hacia aquella luz que se debilitaba, adquiriendo un leve tono amarillento.

Cuando recobró el conocimiento, estaba sentado en el coche completamente desnudo, sentía un leve dolor en las ingles, y la hermosa muchacha que era su esposa parecía dormida a su lado.

Perplejo, miró hacia donde estuviera aquella extraña nave.

De ella no quedaba el menor rastro, como si jamás hubiera estado allí.

—¿Phyllis?

Era raro que si él estaba desnudo no lo estuviera también ella.

La joven suspiró, recobrando el conocimiento lentamente. Cuando abrió los ojos se quedó mirándole estupefacta.

—¿Qué estás haciendo así, desnudo? —balbuceó.

—No lo sé.

—Conque no lo sabes, ¿eh?

Se despojó del vestido con una sonrisa en los labios.

Él dijo:

—Espera un minuto…, ¿no recuerdas lo que pasó?

—Recuerdo que tú me desabrochabas, y aquella luz… ¡El platillo volante! —exclamó de repente—. Y tú fuiste hacia él… ¿Qué fue lo que viste, Resse?

—No lo recuerdo. Es lo más extraño que me haya pasado nunca. Sé que vi algo… unos seres extraños, grandes. Unos paneles de control fantásticos… y eso es todo. Todo lo que sé a continuación es que estaba sentado aquí, desnudo, y que tú dormías como un ángel.

Ella se despojó de las prendas que aún quedaban sobre su cuerpo.

—No hablaremos a nadie de esto… nos tomarían por locos. Pero ya que te quitaste las ropas…

El notó las tibias manos de la muchacha en su cuerpo, encendiéndole de deseos. Le devolvió las caricias, tiró de la palanca que sujetaba el asiento y el respaldo de éste se extendió hacia atrás.

De pronto, él esbozó una mueca.

—¿Qué tienes, Resse, no te sientes bien?

—Sí…, sólo es un ligero dolor en las ingles. ¡Qué cosa más rara!

Ella arrugó el ceño,

—¿No estaremos abusando de este juego del amor? —insinuó.

—No creo.

—¿Cuántas veces lo hicimos hoy?

Él se echó a reír.

—¿Crees que llevo la contabilidad matrimonial?

La besó, y un instante después ninguno de los dos pensaba ya en nada que no fuera la delicia de insaciable pasión, como si ellos dos fueron los únicos seres que hubiera en el mundo.

Sobre sus cabezas, en algún lugar del espacio, una nave misteriosa, colosal, flotaba preparando otro pronto descenso…

CAPÍTULO IV

Vincent Brooks era el jefe de policía de Albuquerque, desde hacía tantos años que casi lo había olvidado. Como también había olvidado ya un día sin conflictos y una noche entera de paz, sin tener que devanarse los sesos a causa de algún problema relativo a su profesión.

Excepto esa noche.

Casi no podía creerlo,

—Es como si todo el mundo hubiera decidido portarse decentemente —comentó al abandonar su despacho—. Me voy a casa, cenaré en el jardín y contemplaré las estrellas pensando sólo en las musarañas...

Y salió de estampida antes de que alguien fuera a estropearle sus beatíficos planes.

Le dio una sorpresa a su mujer, cenó en la barbacoa gozando del aroma de la carne, escuchando música y, tal como dijera, contemplando pacíficamente las estrellas.

Después de cenar, su mujer se le unió y ambos permanecieron en silencio, uno al lado del otro, tendidos en sendas tumbonas.

De pronto, ella murmuró:

—¿Cuánto hacía que no pasabas tanto tiempo conmigo, así, sin nervios, sin prisas, sin preocupaciones?

—Creo que olvidé cuando sucedió eso por última

—Estos últimos tiempos pienso a menudo en tu jubilación.

—Pues sí que...

—Te faltan cuatro años.

—Ya lo sé. Somos un par de vejestorios, querida.

—Aún me siento fuerte y llena de vida. Casi tanto como tú, pero lo que quería decirte es que, cuando te retires, podríamos tomarnos unas vacaciones...

—Tendremos vacaciones hasta que estiremos la pata —refunfuñó él.

—No comprendes, querido. Un viaje quiero decir. Podríamos irnos a Miami, por ejemplo. Tenemos bastante dinero ahorrado,

El cabeceó, asintiendo.

—Es una excelente idea, querida. Hablaremos de ello más a menudo. Tenernos tiempo aún. Pero si he de decirte la verdad, la perspectiva de jubilarme me deprime. Creo que me sentiré poco menos que un inútil. Un carcamal, eso es...

Ella se disponía a protestar, cuando el estridente timbre del teléfono les hizo dar un respingo.

—¡Oh, no, esta noche no, Vincent! —exclamó, desolada.

El gruñó, levantándose. Trotó hacia el aparato y descolgándolo de un zarpazo, rugió:

—¿Qué infiernos pasa ahora?

—¿Jefe? Habla Thomas...

—¿Y qué? Le dije que no quería tener problemas esta noche. Hay gente suficiente para…

—Mejor será que venga usted, jefe.

—Olvídelo. Esta noche he muerto para el trabajo.

—Entonces, resucite, ¿sabe? De lo contrario el diputado Calhoon pedirá su cabeza.

Brooks ahogó una sarta de juramentos.

—¿Qué le pasa al diputado?

—Sí se lo cuento por teléfono no me creerá.

—Pruebe a ver.

—No me gustaría que me echara a la calle, jefe…

—¿Quiere hablar de una vez?

Oyó un largo suspiro de resignación. Después, su ayudante Thomas dijo:

—El diputado Calhoon ha tenido un mal encuentro con un platillo volante, jefe.

Brooks estuvo a punto de caer de espaldas,

—¡Qué! —bramó—. ¿Quiere tomarme el pelo, Thomas?

—Yo, no, señor. Ya le dije que no me creería.

—¡Nadie en su sano juicio creería esa tontería!

—Bueno, venga y dígaselo a él. Está como loco. Creo que le desnudaron o algo así.

El jefe de policía hubiera querido ahogar a alguien,

—Conque le desnudaron… ¡Eh, espere un minuto! ¿No estará borracho?

—¿El diputado? No, señor.

—Entonces salió disparado de algún lugar inconfesable. Si estaba desnudo y el marido le sorprendió, me parece a mí que no perdería el tiempo vistiéndose…

—¿Y vendría a la Jefatura con ese cuento?

La cabeza le daba vueltas,

—Y ha tenido que ser un diputado… ¡Maldita sea!

Colgó tan violentamente que por poco no hizo añicos el teléfono.

Cuando abandonó la casa, jurando entre dientes, su mujer ni siquiera protestó. Estaba acostumbrada.

El diputado Paul Calhoon era un hombre de cincuenta años, menudo, nervioso, lleno de recelos que se agudizaban cuando se avecinaba un período electoral.

Y estaban en época de elecciones.

Así que literalmente daba saltos en el despacho del jefe Brooks.

—No me mire como si yo estuviera loco —refunfuñó de mal talante—. Le digo que de alguna manera me apresaron. Me encontré después junto a mi coche, sin ropas, tiritando de frío. Eran tres hombres gigantescos los que estaban en esa nave…

Brooks mordió con ira el cigarro que tenía entre los dientes. Lo partió por la mitad sin darse cuenta y con un gruñido escupió los pedazos a la papelera.

—Más despacio —gruñó—. Usted dice que un platillo volante detuvo su coche, que se apeó y anduvo hacia él, que se encontró dentro y...

—¡Sí, sí, maldita sea, no me haga perder más tiempo! Eso es lo que pasó. ¿Es que va a quedarse aquí, sentado, rascándose la barriga?

Brooks estaba de un humor de perros.

—¿Qué quiere que haga, declarar una guerra espacial?

El diputado se puso rígido.

—No me gusta su tono, jefe. No me gusta usted, ahora que me detengo a pensarlo...

—A veces no me gusto ni yo mismo. Oiga, por favor hace años que no se oye hablar de ese cuento de los platillos volantes. Incluso leí en alguna parte que las Fuerzas Aéreas habían cerrado sus indagaciones, eso del Libro Azul, o como se llame. Y ahora viene usted diciendo que incluso ha tenido tratos con los extraterrestres Es lógico que lo ponga en cuarentena a mi modo de ver.

El diputado esbozó una mueca de dolor. Hubo de sentarse y durante unos instantes no habló.

El jefe empezó a preocuparse al ver su cara cenicienta.

—¿Se encuentra usted mal?

—Me duelen las ingles..., un dolor agudo, no sé...

—¿Quiere que llame a un doctor?

—No, eso pasará, supongo. Bueno, ¿qué va usted a hacer?

Brooks suspiró.

—Realizaremos una investigación en el lugar donde usted dice que vio ese aparato, desde luego.

—Ya no está allí.

—Eso ya lo supongo.

—Mire, voy a contar la verdad a los periódicos. Recuerdo que hace cinco años ya hubo una oleada de apariciones de OVNIS y todos los diarios del país hablaron de ello. Incluso alguien resultó herido, si mal no recuerdo. Parece que eso va a empezar otra vez.

Mencionar los periódicos al jefe Brooks era mentar al diablo. Hubo de contenerse para no lanzar un grito de ira. Ahora comprendía al diputado, le comprendía muy bien.

Pero se contuvo, cualquiera no.

—De acuerdo, hágalo. Entretanto, deje que nosotros demos un vistazo a ese lugar, ¿le parece bien?

—De acuerdo, pero este asunto no ha hecho más que empezar, se lo digo yo.

Salió del despacho lanzando venablos.

El jefe Brooks se echó atrás, fastidiado. Thomas asomó por la puerta y preguntó:

—¿Cómo ha terminado la cosa, jefe?

—Ese renacuajo...

—¿No le cree usted?

—Ni nadie con sentido común. Ese politicastro lo que pretende es publicidad gratuita, que los periódicos hablen de él, pero si es así tiene menos imaginación que una piedra. ¡Decir que le desnudaron! ¿Por qué no contar que se acostó con una dama de otra galaxia, con tres sexos y dos cabezas?

Thomas sacudió la suya, dubitativo.

—Al menos, parecía realmente afectado —dijo.

—Es un buen comediante, como todo político, eso es todo.

—¿Y qué haremos nosotros?

—Saldremos cuando se haga de día. Daremos un vistazo en busca de unas huellas que no existen y lo mandaremos al diablo. Eso es lo que haremos. Nunca he creído en todas estas bobadas.

Thomas no estaba tan seguro como él, pero cerró la boca y lo dio por bueno. La jerarquía es la jerarquía.

De cualquier modo, el diputado Calhoon no estaba dispuesto a zanjar el asunto con tanta facilidad.

Además, sentía ese dolor en las ingles, y un leve mareo, así que cuando llegó a su casa era un hombre necesitado de comprensión y

afecto.

Su esposa era mucho más joven que él, exuberante y vital, quizá como contraste con la falta de vitalidad sexual del señor diputado.

Ella le dio afecto y comprensión. Le ayudó a acostarse y se tendió a su lado, calmándole los nervios y excitándole la libido, quizá para compensar una cosa con otra.

De modo que la insólita aventura del diputado Calhoon tuvo un epílogo que él no había sospechado.

Ni su mujer tampoco, dicho sea de paso.

A la mañana siguiente, el jefe Brooks, acompañado de dos agentes y de su ayudante, fue a visitar el lugar del encuentro.

La vegetación aparecía tronchada y chamuscada en un gran radio, el suelo estaba revuelto como si lo hubiera labrado un tractorista borracho, y en cuatro puntos equidistantes había cuatro profundas huellas, como si un inmenso peso se hubiera apoyado sobre cuatro columnas cuadradas de casi dos metros por lado.

Perplejos, permanecieron contemplando el extraño fenómeno un buen rato, mudos de estupor.

Al fin, Thomas rezongó:

—Pues parece que el diputado vio ciertamente una nave espacial, jefe. ¿Qué otra cosa podría dejar estas señales?

—Maldito si lo sé. Pero si alguien ha intentado pasarse de listo voy a...

No terminó. El mismo se daba cuenta de la incongruencia de su ex abrupto.

Uno de los agentes dijo:

—Recuerdo que hace cinco años vinieron unos expertos del gobierno... Podríamos avisarles ahora. Que carguen ellos con el mochuelo.

—Eso es lo que quiere el diputado, levantar una buena polvareda, que los periódicos hablen de él y de su supuesta experiencia. Apuesto que declarará que él solo con su valor, puso en fuga a toda la tripulación de la nave espacial.

El sarcasmo de Brooks se estrelló contra el silencio de sus

subordinados. Le conocían bien y no deseaban atraer sus iras.

Así que cercaron el lugar, se montó un servicio de vigilancia para que nadie borrara las huellas, y la noticia saltó al fin a los periódicos.

Ei diputado Calhoon se sintió feliz, una felicidad que no tenía nada que ver con la experimentada aquella noche en el lecho conyugal.

Realmente, debió ser una noche extraordinaria para él, porque cuando, unas semanas después, su esposa le notificó que estaba encinta, apenas podía creerlo.

CAPÍTULO V

1992

El mayor Hertzog dirigid una mala mirada a Brad y gruñó;

—¿Tiene usted una razón concreta para todo eso, señor Crum?

Brad se encogió de hombros.

—No tengo por lo menos otra cosa que hacer, si ésta es una buena razón. Me inscribí en el proyecto *Galaxie* hace tantos años que ya ni recuerdo cuáles eran los fines primeros del mismo. Luego, todo quedó en eso, en proyecto, y he pensado que por lo menos podría hacer algo útil investigando por ese lado.

—¿Está tratando de decir que se siente usted frustrado?

—Algo así.

—Y que, además, reprocha usted al Centro de Investigaciones Espaciales la cancelación del *Galaxie*...

Había un mordaz sarcasmo en la voz del mayor. Sólo que Brad estaba tan irritado que ni lo notó.

—En cualquier caso, mayor, no sería yo solo a reprochárselo al Centro. Los periódicos han hablado a menudo de las ingentes cantidades de dinero gastadas sin ningún provecho.

La cara rojiza del alto ejecutivo con el grado de mayor se volvió de color púrpura.

—Los periódicos pueden permitirse el lujo de despotricar sobre lo que no entienden. Pero uno de nuestros investigadores, usted concretamente, no. ¿Se da cuenta de lo impertinente de su actitud?

—Ciertamente.

—¿Y a pesar de eso, insiste en ella?

—No veo que pueda hacer otra cosa, señor. No me resigno a pasar año tras año sentado detrás de una mesa.

—Ya veo...

Brad esperó, rígido y furioso. No pareció afectado por la furibunda mirada de su jefe inmediato. Había resuelto acabar de una vez con la rutina y la inactividad que le frustraban cada día más. Necesitaba moverse, hacer algo, o presentar su renuncia, así que esperó.

—Muy bien —rechinó el mayor—. ¿Qué es lo que quiere en concreto?

—Abrir de nuevo las investigaciones que se cancelaron sobre los OVNIS. Hubo pruebas más que razonables de su aparición. Yo mismo fui testigo de una de esas apariciones. Luego el caso se cerró y por unas razones que ignoro se echó tierra al asunto. En cierto modo, el proyecto inicial al que me inscribí tenía relación con estos fenómenos, de modo que me considero capacitado para investigarlos a fondo.

—¿No ha pensado usted que pueden existir razones poderosas que obligaron a cerrar esas investigaciones en su tiempo?

Bradley Crum arrugó el ceño.

—Ni lo he pensado ni quiero creerlo así, mayor, porque sería ocultar al país lo que con el tiempo puede convertirse en una amenaza.

—No estoy en condiciones de discutir eso con usted. Todo lo que puedo decidir en estos momentos es dejar en suspenso su solicitud... hasta que haya consultado con mis superiores.

—Y eso, señor, ¿cuánto tiempo le llevará?

—Lo ignoro. En cualquier caso, le tendré informado. Eso es todo, señor Crum.

Brad titubeó. Luego, fastidiado, dio media vuelta y abandonó el inmenso edificio dándose a todos los diablos.

Joan le aguardaba sentada en el coche. Al ver su cara sombría, la muchacha comentó:

—Te han dado un palmetazo, ¿eh, cariño?

—Algo así.

Se acomodó a su lado, encendió un cigarrillo y gruñó:

—Siempre la estúpida rutina, la burocracia anquilosada. Todo lo

que pedía era una autorización para tener acceso a los archivos secretos del Libro Azul y de la Comisión Dole que investigó las apariciones del año 1985...

—¿Y te lo han negado?

—No, pero tampoco lo han autorizado, que viene a ser lo mismo.

Joan sonrió, le pasó los brazos por el cuello y estrelló los labios sobre la boca de él.

Después susurró:

—En ese caso, todo lo que tienes que hacer es ocuparte de mí. Yo no opondré dificultades para que investigues sobre mí. Y hablo en sentido literal.

Brad no pudo menos que sonreír también.

—A veces pienso que eres una ninfomaníaca…

—Cuando estoy contigo, sí. No importa el tiempo que pasemos juntos..., nunca es bastante.

Brad sacó el coche del aparcamiento, enfiló la autopista y aceleró. Sobre ellos resplandecía un sol de fuego que difuminaba el brillante azul de un cielo sin nubes.

La muchacha preguntó de pronto:

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Maldito si lo sé. Estoy tentado de renunciar a mi puesto. No me parece siquiera honesto seguir cobrando dinero de los contribuyentes por no hacer nada.

—No cambiarás ni cuando te mueras.

—¿Te gustaría que cambiase de modo de ser?

—No, querido.

El condujo en silencio un buen rato. Luego, de repente, exclamó:

—Saldremos de excursión este fin de semana.

—¿Qué?

—Ya lo oíste.

—¿A la casa del desierto?

—Esta vez, no. Iremos a Albuquerque,

—¿Para qué? Oh, ya veo…, intentas hacerlo por tu cuenta.

—Poco más o menos. Me inquieta este asunto, me obsesiona, sobre todo después de lo que llevo investigado en estos años.

—Si eso ha de tranquilizarte, háblame de ello, querido.

—Bueno, ya te hablé del caso otras veces. Primero, establecí sin la menor duda que las apariciones de OVNIS eran una realidad. Existen pruebas concluyentes. Luego, los años en que hicieron sus apariciones, en oleadas, como si obedecieran a un plan predeterminado, Ahora, quiero saber exactamente qué vio cada uno de los testigos, qué les ocurrió, qué secuelas ha dejado en sus vidas aquella experiencia, y trazar luego un cuadro estadístico de todos ellos. En algún punto de ese estudio estoy seguro que sus caminos se cruzarán, tendrán algo en común que les una, porque una de mis teorías es que, en sus contactos con nosotros, los seres que dirigen esos ingenios desconocidos se proponen un fin muy estudiado y concreto, o sea, que no actúan al azar. Cada uno de sus pasos ha de estar cuidadosamente planificado teniendo en cuenta que deben venir de distancias inmensas, apenas imaginables por nuestros cerebros rutinarios.

—Supongamos que tienes razón y que eso realmente es así, Brad..., ¿qué sacarás con convencerte? No te harán ningún caso. Nadie quiere complicarse la vida y menos arriesgar su crédito hoy en día. Cada uno se limita a cumplir la rutina de cada día y nada más.

—Yo, no.

—Tú no, pero tú eres de una clase especial y por eso sigo estando loca por ti, después de tantos años.

—No bromees.

—¡Pero si es cierto! Estoy loca por ti y lo sabes.

El sacudió la cabeza.

—Los dos debemos estar un poco chiflados, nena. Tengo la esperanza de que haya unos cuantos hombres más tan chiflados como nosotros; para que en caso de necesitarlos puedan ayudarme.

—Eso va a resultar difícil. ¿Cuándo saldremos hacia

Albuquerque?

—Esta misma noche.

La muchacha se recostó en el asiento y dejó vagar la imaginación. Era cierto que amaba a Brad desde los tiempos en que él acababa de salir de la universidad. Había estado a su lado desde entonces, siguiendo paso a paso sus sueños, sus proyectos, sus ilusiones.

Excepto lo que ella misma había representado, todos los demás fueron muriendo poco a poco de muerte natural, por la rutina, la burocratización y el desaliento.

Excepto este último sueño.

Y su amor, naturalmente.

* * *

El jefe Vincent Brooks, de la policía de Albuquerque, ya no era jefe, de nada, excepto de sí mismo porque se había jubilado hacía unos años.

Al fin había podido pasar las noches enteras durmiendo de un tirón, sin temor a que el teléfono, le hiciera saltar en el instante menos esperado. Había podido dedicar los crepúsculos a sentarse en su fresco jardín, aspirando el aroma vivificante de las flores, y el más nutritivo de la carne asándose en la barbacoa; escuchando los pequeños chismorreos de su mujer, y sintiéndose, como dijera en cierta ocasión, poco menos que un carcamal bueno para nada.

Había conseguido la tranquilidad absoluta, pero también una dosis mortal de aburrimiento. Nunca había confesado a nadie cuánto echaba de menos sus tiempos de trabajo policíaco, con sus nervios, su violencia y sus continuos sobresaltos.

Quizá por eso recibió con tan buena cara a la pareja de forasteros que aparecieron para romper la monótona ratina de todos los días.

Anochecía cuando llegaron Brad y Joan, y en el jardín del ex jefe de policía uno podía sentirse como en el paraíso.

—Siéntense —invitó Brooks, satisfecho—. ¿Quieren beber algo, cerveza helada, whisky...?

Hizo la invitación esperanzado, porque si aceptaban era probable que siguieran allí mucho más tiempo.

La hermosa muchacha sonrió.

—Gracias, estoy sedienta, de veras. Esa cerveza me tienta.

—A mí también —asintió él,

Brooks exclamó:

—¡Espléndido! Martha, ¿quieres traernos cerveza para todos, por favor?

Su mujer se apresuró a complacerle y se sirvió una para ella misma. Luego, sentándose al lado de su marido, deslizó su mirada apacible por el cuerpo de curvas increíbles de aquella muchacha que parecía derramar vitalidad a su alrededor,

—Y bien, ¿en qué puedo ayudarles? —inquirió Brooks cuando hubo dado un largo sorbo a la cerveza.

—Usted era el jefe de policía hace siete años, ¿no es cierto?

—Ajá. Me retiré hace tres.

—Y en 1980, ¿era usted ya jefe de policía?

—Ciertamente. ¿Qué es lo que realmente les interesa? No serán mis memorias —dijo, riéndose.

—Una parte de sus memorias por lo menos, señor Brooks. Las que hacen referencia a la aparición de platillos volantes.

Brooks casi dio un salto en la silla.

—¡OVNIS! —exclamó—. Pero si nada de todo aquello se pudo comprobar... ¿Quiere que le dé mi opinión sin rodeos? Todo fue un montaje de un politicastro de tres al cuarto para obtener publicidad gratuita en los periódicos.

Joan y Brad cambiaron una mirada. Brad sonrió y dijo:

—Cuénteme eso, es interesante.

—Mire, en 1980 la cosa no resultó tan clara. Un coche dio varias vueltas de campana por un talud y un matrimonio resultó con graves quemaduras. Tengo para mí que debió derramarse parte de la gasolina y las llamas les alcanzaron, aunque no destruyeron el coche, sólo quemaron la pintura. Por lo que recuerdo... Sí, eso es, la gasolina debió derramarse, porque había una gran extensión de matorrales quemada y revuelta por el fuego.

—Eso fue en 1980...

—Exacto. Por alguna razón, el matrimonio que sufrió el accidente atribuyó el mismo a un platillo volante. Siempre creí que no quisieron admitir que conducían borrachos y que esa fue la causa del accidente. Regresaban de una fiesta o algo así, sí no recuerdo mal.

—Pero usted no creyó que, realmente, hubieran visto un OVNI...

—Por supuesto que no.

—¿Qué pasó después? Tengo entendido que vinieron expertos de las Fuerzas Aéreas para una investigación.

Brad saboreó su cerveza. El ex jefe de policía ya había apurado la suya y su esposa estaba dando fin también a la que se sirviera. Se levantó y fue a por más,

—Seguro que vinieron. Todo un batallón de tipos engreídos que se negaron sistemáticamente a hablar con ninguno de nosotros. Parecían ser los únicos dueños de la verdad absoluta.

—Siga, por favor.

Tras un carraspeo, Brooks prosiguió:

—Hicieron averiguaciones entre la gente para saber si alguien más había visto el platillo volante. Nadie lo vio, por supuesto. Fueron al lugar de la supuesta aparición y estuvieron tomando medidas aquí y allá, levantaron muestras de tierra, de cenizas, y se excitaron mucho con una especie de polvillo que encontraron allí donde el matrimonio dijo que vio autodestruirse a los extraterrestres. Luego se fueron y nunca más nos dijeron una palabra de sus conclusiones. ¿Para qué? Nosotros éramos poco menos que palurdos para tan encumbrados personajes...

El viejo resentimiento por tanta desconsideración asomaba aún en las palabras de Brooks. En cierto modo, eso le convenía a Brad, así que dijo:

—Nunca sueltan prenda. Para ellos, todo es secreto de estado.

—Oiga, ahora que se me ocurre, ¿por qué se interesa usted por todas estas tonterías que ocurrieron hace tanto tiempo?

Brad ya traía preparada una buena excusa.

—Estoy preparando un libro respecto a esas supuestas

apariciones. La gente se interesa por los OVNIS aunque es un interés que surge a rachas y luego desaparece. Mi editor quiere publicar algo bien documentado

—Ya entiendo. ¿Y mencionará usted nombres?

—Naturalmente, a menos que alguien se niegue expresamente a aparecer en las páginas del libro.

—Bueno, a mí no me importa —dijo Brooks, íntimamente satisfecho de esa posibilidad.

—Entonces le citaré como uno de mis mejores colaboradores. A propósito, ¿recuerda usted el nombre del matrimonio herido en ese accidente?

Brooks arrugó el ceño en un esfuerzo por recordar,

—Deben constar en los archivos de la policía de carreteras... Creo que se llamaban Bats o algo así... No, Bates, eso es. Estoy casi seguro.

—¿Residían en Albuquerque?

—No, vivían en Santa Fe, pero la fiesta, de que regresaban se había celebrado en una mansión próxima a Albuquerque.

Brad recopiló en su metódico cerebro todo aquello y luego soltó otra pregunta:

—En 1985 volvieron a verse OVNIS en su jurisdicción señor Brooks, Un salto de cinco años en que no se vio ninguno, y de pronto aparecen otra vez... ¿Recuerda también eso?

—¿Cómo no voy a recordarlo? Fue cuando el politicastro...

Su esposa susurró:

—No te excites, Vincent.

—¡Cuernos! Me excito cada vez que pienso en aquel mequetrefe, contándole a todo el mundo una historia idiota. Se llamaba Paul Calhoon y era diputado por el estado... Un tipo quisquilloso que ideó ese cuento para que los periódicos hablaran de él. ¿Sabe usted qué aventura imaginó? Dijo que había penetrado en el interior de un gigantesco platillo volante, tripulado por tres tipos enormes que no le hicieron ningún daño. Luego no recordaba más que se encontró desnudo en la carretera y que el artefacto había desaparecido... ¡Desnudo nada menos! A saber de dónde saldría sin ropas.

—¿Qué ha sido de él?

—¿De Calhoon?

—Sí.

—Oh, bueno, ya no es diputado ni nada, se dedica únicamente a su negocio. Tiene la concesión de la General Motors, creo.

Su esposa dijo con su voz tranquila:

—Se divorció.

—¡Caray, es verdad! —exclamó Brooks—. No lo recordaba... Es verdad que se divorció, Y ahora que lo pienso... debió pedir la separación poco más o menos al mismo tiempo que renunciaba a su escaño...

—Mucha gente se divorcia, se separa y algunos hasta vuelven a casarse —dijo Joan con ironía—. Y otros muchos ni siquiera se toman la molestia de casarse.

Brad le dirigió una irónica mirada que casaba bien con su tono. Ellos jamás hablan necesitado ninguna clase de contrato para sentirse plenamente felices, realizados y llenos de ilusión y ansias de vivir y amar.

La señora Brooks, como si fuera recordando también poco a poco, añadió:

—Su mujer era mucho más joven que él. Y muy bonita.

Brooks pegó un respingo.

—¡Cierto! La gente habló mucho respecto a sus… ejem… «deslices» amorosos. ¿No es verdad, querida? Se rumoreaba que tenía algún que otro fugaz encuentro con jóvenes bien parecidos. Claro que todo eso formaba parte de la chismografía local.

Brad apuró la segunda cerveza que la buena señora Brooks le había servido, y levantándose dijo:

—Volveremos a hablar con ustedes, señor Brooks, aunque sea a riesgo de abusar de su amabilidad. Ese ex diputado, ¿sigue viviendo en Albuquerque?

—Oh, claro que vive aquí. Tiene una buena casa al final de la Marine Street.

Se despidieron amigablemente. Cuando los dos altos, hermosos jóvenes, desaparecieron, el ex jefe de policía se sintió un poco más solo que de costumbre...

CAPÍTULO VI

Calhoon no pudo contener un gesto de impaciencia.

—No puedo contar nada más —gruñó—. Ya se rieron de mí entonces, para volver a empezar ahora.

Brad habló con su acostumbrada calma.

—Nadie piensa en reírse, señor Calhoon. Es más, si usted lo desea, su nombre no aparecerá para nada en mi libro.

—No quiero volver a verme metido en estas cosas. Aquello sucedió hace siete años. Punto. Está olvidado.

Se sirvió otra fuerte dosis de whisky, sin invitar a su visitante.

En esta ocasión, y debido a lo tardío de la hora, Brad había acudido solo a la confortable casa del ex diputado.

—Escuche, señor Calhoon —dijo, mientras contemplaba cómo el dueño de la casa vaciaba el vaso como si tuviera prisa por emborracharse—, podría conseguir lo que deseo sólo con tomarme el trabajo de buscar los periódicos de la época. Allí estarían todas sus declaraciones y los comentarios de los periodistas… sólo que todo esto me llevaría mucho tiempo. Preferiría que accediera usted a hacerme un breve relato de su aventura,

Eso era cierto, y Calhoon lo sabía. También sabía que si los reporteros advertían que un forastero desenterraba sus archivos, volverían a lanzarse sobre aquel tema y su nombre aparecería de nuevo en primera página. Y, fuera de su época de político, odiaba esa publicidad.

Así que gruñó:

—Muy bien, pero sea breve. He tenido un día muy duro.

—Gracias. Sólo cuénteme exactamente qué le sucedió aquella noche de 1985.

—Mi coche se paró en la carretera, cuando una intensísima luz me cegó. Era un enorme platillo volante. Lo pude ver perfectamente, cuando me apeé del coche y su luz disminuyó hasta desaparecer. Al principio sentí miedo. Un miedo paralizante. Luego, por alguna extraña razón, el temor se esfumó y me encontré caminando hacia

aquella fantástica máquina. Vi abrirse una escotilla, a unos diez metros del suelo. El inferior estaba iluminado por una luz tenue, de un leve tono azulado. Luego, sin saber cómo, me encontré dentro del artefacto.

—Un momento, por favor… ¿Recuerda usted cómo entró?

—No, en absoluto. Primero, estaba mirando asombrado la escotilla iluminada, y después, de repente, estaba dentro. Nunca supe cómo subí a aquella altura, ni la manera cómo entré.

—¿Qué había allí dentro? Trate de recordarlo con fidelidad. Me refiero a maquinaria, instrumentos, mandos, lo que fuera que vio.

Calhoon esbozó una mueca de impaciencia. Deseaba acabar cuanto antes.

—Había un gran tablero de controles. Infinidad de indicadores y delicados instrumentos que no comprendí. Estaba mirándolo cuando surgieron las tres figuras. Eran gigantescas, y vestían algo semejante a metal plateado, muy ajustado a su cuerpo. Aunque debía ser flexible como la seda, porque no les impedía moverse con extraordinaria soltura y agilidad.

—¿Eran como nosotros? Quiero decir, en figura, miembros, apariencia,..

—Exactamente, sólo que no medirían menos de un metro cincuenta.

—¿Vio sus caras?

—No, llevaban una especie de cascos, con una delgada abertura a la altura de los ojos, nada más. Y no pronunciaron una sola palabra.

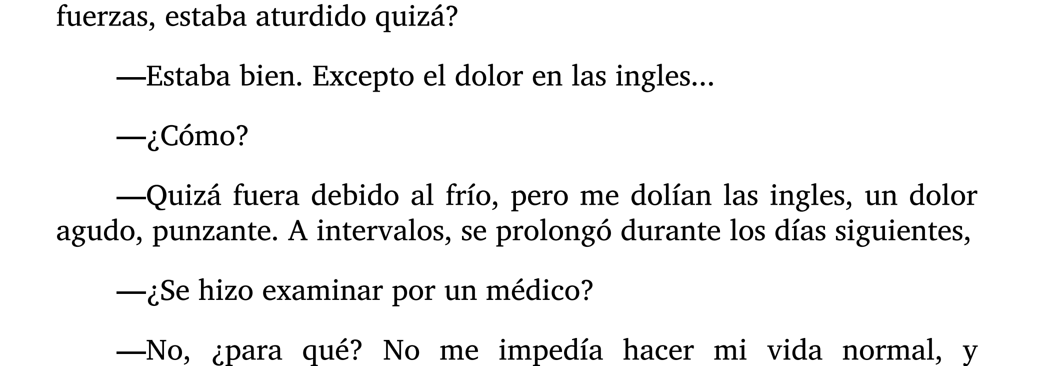
—¿Qué pasó después?

—No lo sé, y ahí está lo más extraño de todo. Me encontré en la carretera, junto a mi coche, desnudo, y del platillo volante, no quedaba el menor rastro. Nada.

—De modo que en su mente hay un lapso de tiempo en blanco, desde el instante en que aparecieron los tres extraños hasta que recobró la consciencia en la carretera…

—Exacto.

—Dígame, señor Calhoon. ¿Estaba usted bien, se sentía con



fuerzas, estaba aturdido quizá?

—Estaba bien. Excepto el dolor en las ingles...

—¿Cómo?

—Quizá fuera debido al frío, pero me dolían las ingles, un dolor agudo, punzante. A intervalos, se prolongó durante los días siguientes,

—¿Se hizo examinar por un médico?

—No, ¿para qué? No me impedía hacer mi vida normal, y estábamos en época electoral, de modo que no tenía un minuto libre.

Brad intentaba relacionar todos los detalles.

—Ese dolor... ¿Nunca más se le ha reproducido?

—No, nunca. ¿Ha terminado ya?

—Casi. Pero antes de despedirme, me gustaría mucho hacerle una pregunta un tanto... personal.

—Hágala, y acabe,

—Ese encuentro con los seres del platillo volante, ¿tuvo algo que ver con su posterior divorcio?

El ex diputado es irguió en toda su escuálida estatura.

—¿De dónde ha sacado semejante idea? Es absurdo. No, no tuvo nada que ver... En realidad, pasaron casi tres años desde mi desagradable experiencia con el OVNI y mi demanda de separación.

Brad se levantó. Notaba una cierta frustración por lo poco que había obtenido.

—Le quedo muy reconocido por su colaboración —dijo, no obstante—. A propósito, ¿le importaría que entrevistara también a su ex esposa?

—No veo que ella pueda aportarle nada que no sepa ya. Fui yo quien tuvo el encuentro con el maldito aparato, no ella.

—Sí, claro... Gracias otra vez de todos modos.

Mientras regresaba al hotel donde dejara a Joan, ponía un poco de orden en el cúmulo de informes que iba asimilando.

De entre todo ello, le intrigaba el dolor que Calhoon había

mencionado... Algo muy raro, que no pudo producir el frío.

Habría que profundizar un poco más al respecto.

* * *

A la mañana siguiente detuvo el coche bajo los álamos que sombreaban la tranquila y señorial avenida. Las casas eran allí de reciente construcción, no muy grandes, pero si de una extremada elegancia y separadas entre sí por grandes lotes de terreno, El verde del césped brillaba bajo los caprichosos arcos de agua de los aspersores de riego.

Delante de uno de los prados de césped había un grupo de personas. Al aproximarse oyó el llanto histérico de una mujer, y las voces airadas de algunos hombres.

Intrigado, Brad se detuvo detrás del grupo y estirando el cuello trató de ver el motivo del tumulto.

No lo consiguió, así que dijo:

—¿Qué ha pasado?

Un hombre de mediana edad ladeó la cabeza. Apenas si se fijó en el preguntón, sólo gruñó con voz colérica:

—Una salvajada incalificable..., una bestialidad, ni más ni menos.

—No comprendo.

—Alguien ha matado al perro de la señora Morse, eso es lo que han hecho.

—Ya veo...

—La pobre... es viuda y no tiene familia. Quería mucho a su perro.

—Ya..., claro.

El hombre rechinó los dientes.

—Le cortaron la cabeza —añadió, antes de volverle la espalda.

Brad sintió un escalofrío.

Rodeó el grupo y al fin pudo ver el cuerpo del perro, y la enorme mancha de sangre que lo rodeaba. También vio la cabeza, tirada un

poco más allá del cuerpo, al pie de un rosal que trepaba en torno a la cerca de madera,

El perro había sido un gigantesco dogo azulado, de piel brillante. Un perrazo enorme como para tomarlo en consideración.

Alguien comentó:

—No puede haber sido un hombre solo…, el perro hubiera podido matarlo con una sola dentellada. Fueron varios, seguro.

Algunos asintieron, y una mujer añadió:

—Además, «Tigre» no admitía a nadie en el jardín, a menos que la señora Morse estuviera a su lado. Era un perro que no admitía familiaridades de nadie… de nadie en absoluto.

Brad estaba intrigado,

—Pero ¿intentaron robar algo, forzar alguna puerta…?

—Nada. No se trata de ladrones esta vez.

La mujer, que lloraba irguió su cabeza cana.

—Alguien odiaba a «Tigre»… —balbuceó—. No hicieron nada más que matarlo… y él ni siquiera pudo defenderse. De lo contrario habría señales de lucha en el césped… y yo hubiera oído sus gruñidos desde la casa.

Volvió a llorar. Nadie replicó.

Brad se apartó del grupo. Pensaba en la inútil muerte de aquel hermoso ejemplar de dogo. Y en el hombre que le mató también, claro, porque matar a semejante perrazo de aquel modo no estaba al alcance de cualquiera.

Se desentendió del desagradable episodio tan pronto hubo llamado a la puerta que buscaba. Una mujer alta, delgada, rondando los cuarenta años y conservando todavía una buena parte de su belleza, apareció en el umbral.

Desde allí tendió la mirada por encima de Brad, hacia el lejano grupo de gente congregados en el paseo.

—¿Qué quiere? —murmuró, indecisa.

—Deseo hablar con usted, señora Calhoon…

—Ya no me llamo así. Obtuve el divorcio. Mi hombre de soltera es Rose Levin, pero no veo que eso le interese a ningún desconocido...

Brad se apresuró a dar su elaborada explicación respecto al trabajo que estaba haciendo. Ella le miro con una viva sospecha reflejada en sus pupilas.

—¿Y para qué necesita interrogarme a mí? —le espetó, desconfiada—. En cualquier caso, quien soltó aquella historia fue Calhoon.

—¿Le creyó usted?

—¿Y qué importa ahora si le creí o no?

—Mire, señora, intento reflejar en mi libro la cara humana de todos estos episodios, lo que pudo significar para los protagonistas, cómo influyó en sus vidas... Ya sabe, todo eso. Por esa razón es interesante para mí lo que recuerde.

—Entiendo. Pase...

Brad la siguió al interior de la hermosa vivienda.

Cuando penetraron en un saloncito íntimo, confortable y bien decorado, preguntó:

—¿Vive usted sola aquí?

—No... Bueno, por lo menos los fines de semana. Los demás días, mi hijo está interno en un colegio. Se va el lunes a primera hora de la mañana y regresa el viernes por la tarde. Esta mañana partió en el autobús de la escuela...

—¿Es hijo del señor Calhoon?

La mirada azul de la mujer destelló, indignada.

—¿Qué le ha contado ese renacuajo? Porque estoy segura que ya habló con mi ex marido...

—Hablé con él anoche, pero no mencionó para nada que tuviera usted un hijo.

—Sí, es hijo de él. El juez me concedió su custodia cuando nos separamos. De todos modos, Paul detesta a su hijo, así que pensé que le había llenado a usted la cabeza con sus descabelladas fantasías.

—¿A qué se refiere?

—Nuestro hijo fue, sin quererlo, una de las múltiples causas de nuestra desavenencia.

—No comprendo muy bien eso…

La hermosa mujer suspiró. Por momentos parecía más dispuesta a confiar en el visitante.

—Se le metió en la cabeza que Johnny no era hijo suyo.

Se quedó mirando a Brad, como esperando la reacción de éste. El sólo dijo:

—Y estaba equivocado, claro.

—Absolutamente equivocado —suspiró, indignada—. Es un hombrecillo mezquino, desconfiado y gimoteante. Johnny es hijo suyo… Si lo sabré yo. Precisamente...

La brusca interrupción hizo que Brad aguzara la mirada, clavándola en la bonita cara de la ex esposa del ex diputado.

—¿Qué iba a decir, señora?

Ella esbozó una sonrisa,

—¿Sabe usted? —murmuró—. Hay algo que le impulsa a una a tener confianza en un desconocido… tal vez sean sus ojos.

—¿Mis ojos?

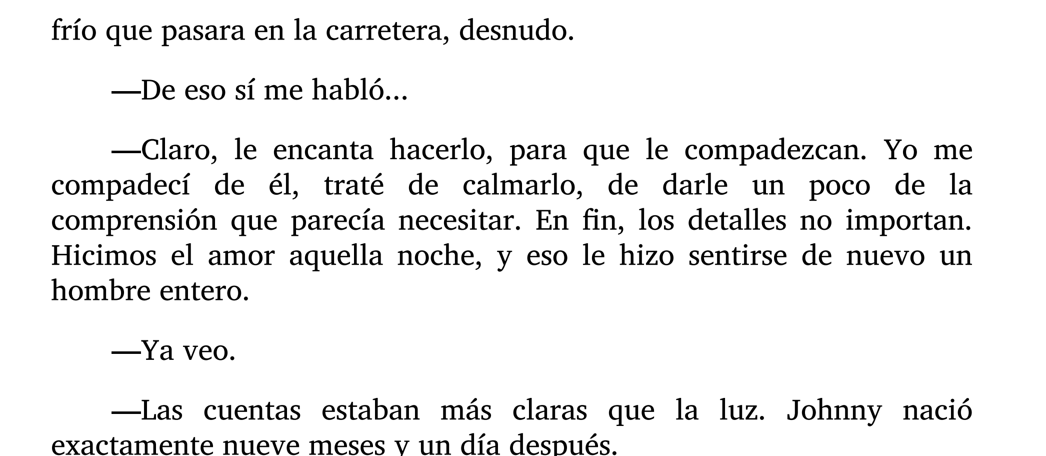
—Son duros, extrañamente duros, pero delatan también un fondo de ternura. Usted no se burlaría de una mujer jamás.

—En eso tiene razón.

—Bueno, lo que iba a decir, es que Johnny fue engendrado precisamente la noche en que vino a casa con aquella historia del platillo volante. Sólo que el gran hombrecillo no quiso creerlo nunca. Y luego, cuando el niño creció, menos aún.

—Me gustaría que detallara usted un poco más, si es que confía en mí hasta ese extremo.

—¿Por qué no? Ya que he empezado... Además, necesitaba echar todo eso fuera alguna vez, ¿Sabe usted? Aquella noche llegó más gimoteante que nunca. Asustado por lo que según él le había sucedido. Y furioso porque la policía no le había tomado en serio. Además, se quejaba de dolores. Dolores en... bueno, en las ingles. Lo achacaba al



frío que pasara en la carretera, desnudo.

—De eso sí me habló...

—Claro, le encanta hacerlo, para que le compadezcan. Yo me compadecí de él, traté de calmarlo, de darle un poco de la comprensión que parecía necesitar. En fin, los detalles no importan. Hicimos el amor aquella noche, y eso le hizo sentirse de nuevo un hombre entero.

—Ya veo.

—Las cuentas estaban más claras que la luz. Johnny nació exactamente nueve meses y un día después.

—Y a pesar de eso, él desconfió de usted, ¿eh?

—Siempre desconfía de todo el mundo. No iba a ser yo una excepción. Y por añadidura, resultó un niño extraordinariamente dotado y sano. Crecía fuerte y desarrollado, y Paul es más bien enclenque y débil. Eso agudizó sus recelos, ¿sabe? No podía creer que un medio hombre como él hubiera engendrado un niño tan fuerte.

—Entiendo. Pero hoy día hay medios de comprobar...

Ella hizo un gesto impaciente con la mano, interrumpiéndole.

—No había nada que comprobar. Ya era suficiente su desconfianza, y yo estaba resuelta a terminar con él de una vez, así que me quedé con mi adorado chiquillo y lo mandé al diablo.

—Volviendo a aquella noche, ¿creyó usted en lo que su marido le contó?

—¿Respecto al platillo volante? Bueno... le confieso que no. Si a Paul se le hubieran aparecido tres seres extraterrestres tan grandes como los describió, hubiera salido corriendo como un gamo. No es ningún héroe, ¿sabe?

—En cambio, según él, penetró en la nave...

—Pamplinas. Hubiera corrido hasta perder el aliento.

—Tal vez no pudo.

—¿Cómo?

—Quizá le dominaron de algún modo…

Ella sacudió, la cabeza.

—¿Y para qué habrían de tomarse la molestia de dominar a un hipocondríaco tonto como Paul? No, amigo mío, yo siempre he creído que inventó toda la historia para hacer que los periódicos hablasen de él. Era lo que más quería en aquellos tiempos de elecciones y politiquería.

Brad asintió. Levantándose, dijo;

—Tal vez vuelva a visitarla, señora. Ha sido usted muy amable y paciente conmigo.

—Vuelva siempre que quiera. Es usted... simpático —sonrió pasándose la lengua por los labios gordezuelos y rojos—. No tengo muchas ocasiones de hablar con hombres atractivos, ¿sabe? Ni con mis vecinos tampoco, dicho sea de paso. La mayoría son envidiosos... tienen hijos enclenques y envidian a mi Johnny. Y una mujer sola… ya sabe.

—Comprendo. Gracias por todo, señora Levin.

—Llámeme Rose. Y vuelva pronto.

Su apretón de manos fue cálido, prolongado, incitante. Era una clara invitación para celebrar otra clase de conversación mucho más íntima y personal.

Cuando Brad abandonó la casa, aún quedaban algunos indignados curiosos junto al jardín donde había aparecido el perro muerto.

Puso su coche en marcha y se dirigió al hotel.

CAPÍTULO VII

La chica regresaba a casa apresurada, casi corriendo. Eran más de las diez y se iba a ganar un buen rapapolvo, y eso que no había hecho nada malo. Total, quedarse un poco más que de costumbre después de una sesión de cine, charlando con los chicos de la pandilla.

Pero tenía unos viejos que ya, ya... Habían anclado sus ideas en los tiempos de la colonización, por lo menos.

Apresuró un poco más el paso. Sobre todo, su madre era de un puritanismo que daba grima. Siempre con sermones. Que si los chicos por aquí, que si sólo piensan en manosearla a una, que si...

Después de todo, le gustaba que según qué chicos tuvieran las manos un poco largas. ¿Y a quién no?

Dobló la esquina y casi tropezó con alguien que venía en dirección contraria. Primero se asustó. Después, dijo, furiosa:

—¡Podrías mirar por donde vas!

Volvió a correr, sólo que se detuvo poco más allá, perpleja.

Volviéndose, miró atrás.

El continuaba allí, parado, como perdido, mirándola en la oscuridad de la calle.

—Bueno, ¿qué te pasa? —balbuceó.

El echó a andar acercándose a ella. La chica le miraba perpleja, pero sin asustarse. ¿Por qué habría de asustarse?

—¿Te has perdido o qué? —preguntó con voz tenue—. Oh, eres del colegio Lonegan...

Calló. Él se había detenido a dos pasos. Continuaba mirándola de aquel modo extraño, fascinante. De pronto, ella pensó que ése era uno de los chicos que...

Después ya no pensó nada. Se hundió en el infierno.

La encontraron casi al alba, en medio de la búsqueda desesperada organizada por la policía y en la que tomaron parte los vecinos de sus padres y un puñado de voluntarios que, cuando la vieron tirada en

medio de los arbustos, sintieron que el estómago se les encabritaba hasta la garganta.

* * *

Joan se revolvió en la cama, suspirando, y jadeó:

—Debo ser un pozo sin fondo, ¿no crees? Jamás tengo suficiente...

Brad rio.

—Si fueras de otro modo no te soportaría ni diez minutos. Tú y yo nos complementamos, en cierta manera.

—Una manera deliciosa, ¿eh?

Saltó de la cama y corrió al cuarto de baño. Desnuda, era una imagen irreal, casi alada, que parecía flotar en el aire,

Brad oyó correr el agua de la ducha. Encendió un cigarrillo y su metódico cerebro empezó a funcionar de nuevo en ese amanecer cálido que auguraba otro día de calor.

Pensó en la señora Rose Levin, en su divorcio, en todo lo que hablara con ella la tarde anterior. No llegó a ninguna conclusión.

Instintivamente, mientras apuraba el cigarrillo, conectó la televisión, graduando la voz al mínimo. La pantalla de colores se iluminó y él apenas le prestó atención.

Joan surgió del baño, medio cubierta por la toalla con que restregaba su fabuloso cuerpo.

—¿Qué hay en la pantalla, chicas mejores que yo?

—No hay chicas mejores que tú. Están dando noticias...

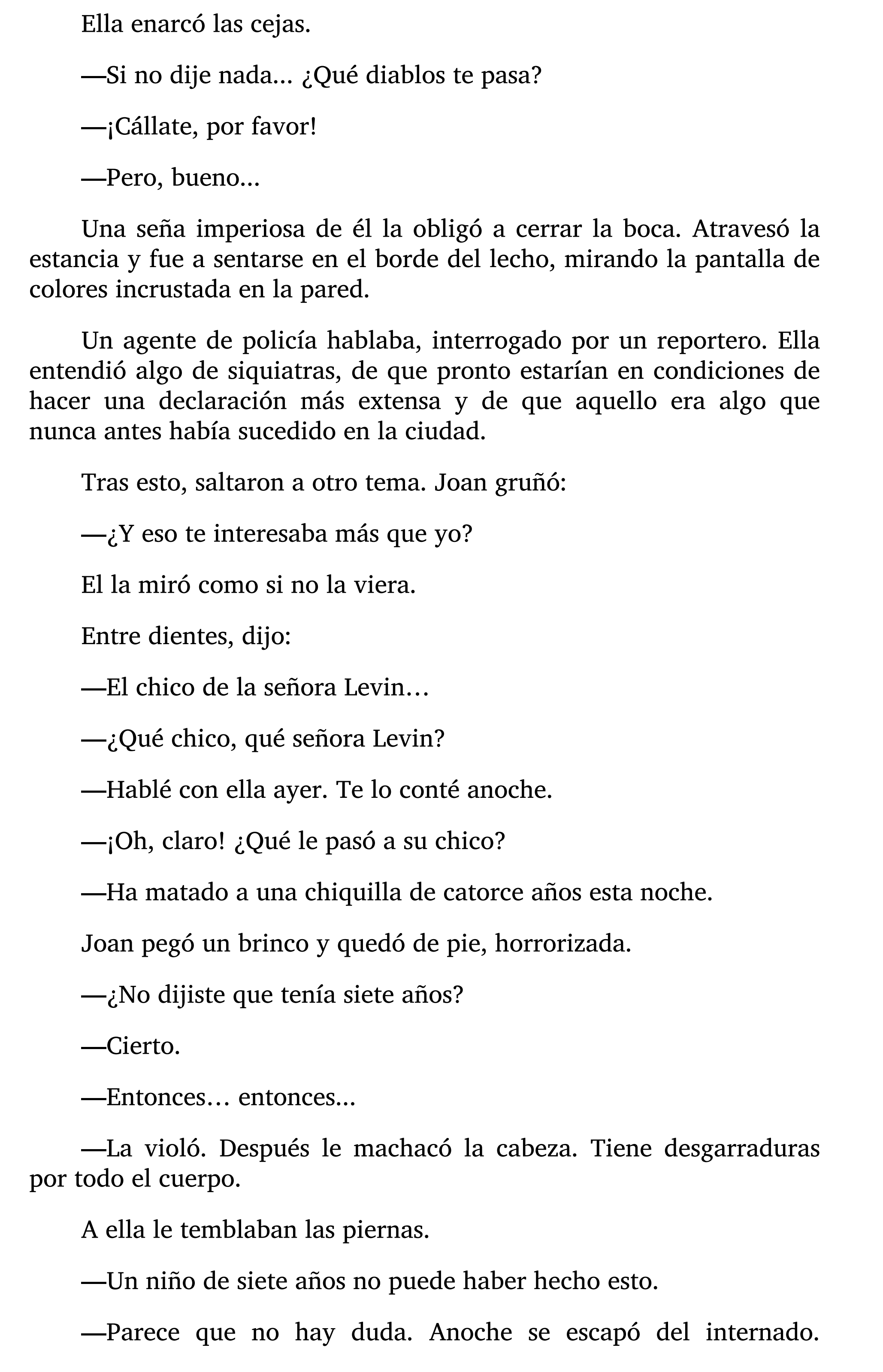
—Apágalo. Voy a pedir el desayuno, para que recobres energías suficientes con que empezar otra vez.

El dio un respingo.

—No será esta mañana. Tengo trabajo, ¿sabes?

—Seguro, querido. Un trabajo endiablado. Conmigo.

—Estás loca. En primer lugar... ¡Calla! —exclamó de repente, interrumpiéndose.



Ella enarcó las cejas.

—Si no dije nada... ¿Qué diablos te pasa?

—¡Cállate, por favor!

—Pero, bueno...

Una seña imperiosa de él la obligó a cerrar la boca. Atravesó la estancia y fue a sentarse en el borde del lecho, mirando la pantalla de colores incrustada en la pared.

Un agente de policía hablaba, interrogado por un reportero. Ella entendió algo de siquiatras, de que pronto estarían en condiciones de hacer una declaración más extensa y de que aquello era algo que nunca antes había sucedido en la ciudad.

Tras esto, saltaron a otro tema. Joan gruñó:

—¿Y eso te interesaba más que yo?

El la miró como si no la viera.

Entre dientes, dijo:

—El chico de la señora Levin…

—¿Qué chico, qué señora Levin?

—Hablé con ella ayer. Te lo conté anoche.

—¡Oh, claro! ¿Qué le pasó a su chico?

—Ha matado a una chiquilla de catorce años esta noche.

Joan pegó un brinco y quedó de pie, horrorizada.

—¿No dijiste que tenía siete años?

—Cierto.

—Entonces… entonces...

—La violó. Después le machacó la cabeza. Tiene desgarraduras por todo el cuerpo.

A ella le temblaban las piernas.

—Un niño de siete años no puede haber hecho esto.

—Parece que no hay duda. Anoche se escapó del internado.

Cuando volvió llevaba sangre por todas partes, No hablaba con nadie… He de ver a esa mujer,

—¿Tú?

El saltó de la cama. Su cuerpo musculoso, de atleta, estaba más rígido que de costumbre. En otras circunstancias, Joan hubiera pasado un buen rato haciendo comentarios sobre su aspecto al salir del lecho, desnudo y soñoliento. Pero entonces no tuvo el menor deseo de divertirse.

El entró en la ducha y salió poco después, apresurado, secándose. Se vistió en un minuto y, como si hablara para otro, dijo:

—Desayuna tú sola, querida. Nos veremos más tarde.

—¿Puedo ir contigo?

—No va a ser una entrevista agradable. No, mejor espérame.

Y salió disparado.

Joan suspiró con resignación. Iba a ser una mañana endiabladamente aburrida. Luego, pensó en el atroz drama que tanto había alterado a Brad y se estremeció. Nunca llegaría a comprender toda la maldad que podía agazaparse en el ser humano…

* * *

Había un coche-patrulla de turbina, largo y estilizado, delante del jardín. Uno de los policías de gris uniforme estaba parado al lado del vehículo, escuchando el zumbido de la radio y vigilando al mismo tiempo al reducido grupo de curiosos que se mantenían silenciosos en la otra acera.

Ladeó la cabeza cuando Brad estacionó su polvoriento deportivo detrás del suyo. Brad se apeó, encaminándose a la entrada del jardín.

El joven uniformado dio un respingo.

—¡Eh, usted! ¿Adónde cree que va?

—Soy amigo de la señora Levin. Deseo hablar un momento con ella.

—La señora Levin no quiere ver a nadie. Ya hemos tenido mucho trabajo alejando a los reporteros.

—No soy periodista. Me llamó Brad Crum. Vaya y dígale que

estoy aquí si no me cree.

El policía titubeó. Miró la distancia que le separaba de la casa, gruñó algo entre dientes y acabó apartándose.

—Está bien, si ella le admite. De todos modos, mi compañero está en la casa…

Brad recorrió el sendero a pasos largos y apresurados. Antes que pudiera llamar a la puerta, ésta se abrió y otro agente quedó plantado en el umbral.

Tenía cara de pocos amigos y ojos de sueño,

—¿Quién es usted? No se admiten visitas ni curiosos.

—Me llamo Brad Crum,

—¿Y qué?

—No empecemos otra vez —suspiró, fastidiado—. Déjeme entrar o avise a la señora Levin.

—¿La conoce usted?

—Soy amigo suyo.

Eso no era exactamente cierto, pero el policía no podía saberlo. Se apartó de la entrada y cerró la puerta cuando él hubo entrado.

Rose Levin estaba hundida en el diván. Tenía la cara lívida y una mirada perdida, desamparada, en sus bonitos ojos azules. A Brad se le antojó que había envejecido diez años en una noche.

Apenas levantó la cabeza cuando él dijo:

—Lo siento mucho, Rose. Vine en cuanto oí la terrible noticia, por si podía hacer algo en su ayuda.

—Gracias… ¿Brad?

—Brad Crum.

—Sí, eso es…, siéntese. ¡Dios bendito! Estoy tan destrozada… tan sola…

Se cubrió la cara con las manos y estalló en sollozos.

Brad se volvió al policía,

—Quisiera hablarle a solas. Por favor.

El guardia se encogió de hombros, dio media vuelta y un instante después Brad oyó cerrarse la puerta de entrada.

Entonces se sentó al lado de la mujer. Con suavidad le tomó las manos, apartándolas de su cara inundada de lágrimas, y dijo:

—Ahora cuénteme qué pasó. Su hijo tiene siete años tan sólo, ¿no es cierto?

—Sí...

—¿Lo ha visto usted después que fuera sacado del internado por la policía?

—Sólo unos minutos.

—¿Y...?

Ella levantó la mirada y le miró fijo por primera vez,

—¡Mi pobre niño! Estaba tan… tan desamparado...

—Sí, eso puedo comprenderlo. Pero ¿qué dijo él, lo negó, lloró, qué hizo?

—Algo horrible..., debe haber perdido la razón, no puede ser de otro modo. Han llamado a varios siquiatras…

—Eso ya lo sé. Pero quisiera saber qué dijo.

—Nada. Se rio.

—¿Qué?

De nuevo estalló en lágrimas,

—Se rio de lo que había hecho. ¡No lo negó! En el colegio le tenían inquina…, todos le detestaban porque era más inteligente que los niños de las grandes familias, de los ricos...

—Olvide eso, ya no importa.

Ella sorbió las lágrimas ruidosamente y le espetó de pronto:

—¿Por qué ha venido usted? No creo que esta desgracia le importe para su libro.

—Quisiera poder ayudarla de algún modo, eso es todo.

—Gracias, pero nadie puede ayudarme.

—Escuche, ¿alguna vez, antes, su hijo había dado muestras de crueldad, de desequilibrio, había notado usted algo anormal en él?

—¿Anormal?

—Eso dije.

—Lo único anormal, que había en mi Johnny era su desarrollo y su inteligencia. Todas esas chismosas del vecindario le envidiaban… ya le dije algo de eso.

—O sea, que parece mayor de lo que es.

—Sí…

—Y aparte de eso, ¿cuál era su comportamiento? Quiero decir si jugaba como otro niño cualquiera, con las mismas cosas, o si era taciturno, retraído o algo así. ¿Cómo le gustaba divertirse?

—Leyendo.

—Bueno, eso no es tan malo.

—Se pasaba horas y horas con la nariz pegada a toda clase de libros, fueran del tema que fueren. Historia, ciencias, novela… Cualquier cosa,

—Ya veo…

—¿Qué voy a hacer ahora?

—¿No tiene usted familia?

—Nadie…, no me queda nadie.

—¿Quiere que venga una amiga mía? Es una chica encantadora, comprensiva. Y tiene el título de enfermera además.

—No, gracias. Debo acostumbrarme a la soledad. De ahora en adelante, yo…

El comprendió y no insistió más. Sólo dijo:

—No me ha dicho si su hijo dio muestras de crueldad, alguna vez.

—Últimamente no…

—¿Últimamente?

—Hace unos dos años, hube de reñirle muchas veces porque apedreaba a todos los gatos que se ponían a su alcance. Yo... no lo comprendía..., era como una manía. Mató a dos, que yo sepa...

—¿Se ha puesto en contacto con usted el padre del niño?

—¿Paul? Ojalá no lo haga. Debe haberse escondido, o ha salido de la ciudad huyendo como una rata...

—¿Está segura que no quiere tener compañía? Esa amiga mía vendría con mucho gusto, créame.

Ella levantó la mirada hacia su cara. Sus labios temblaban. Intentó incluso sonreír y murmuró:

—Le dije que había algo atractivo en sus ojos... y es verdad. Son capaces de expresar ternura. No quiero compañía, pero gracias de todos modos. Guando salga, dígale a ese horrible policía que se quede ahí fuera. ¡Dígale que quiero estar sola!

Brad asintió y abandonó la casa.

En el porche habló con el guardia, que se encogió de hombros, aburrido, y fue a sentarse en los escalones.

Brad apartó su coche y se alejó, con la cabeza zumbándole en un torbellino de ideas que no comprendía.

Una visita al domicilio del ex diputado Calhoon le confirmó que Rose Levin había acertado. El padre del niño criminal había desaparecido.

* * *

Joan bebió un sorbo de su helado vaso y masculló:

—Estoy de acuerdo en que es algo inexplicable, horrible incluso. Pero no comprendo por qué te ha afectado hasta ese extremo, Brad. De veras, no lo entiendo.

—Yo tampoco lo comprendo muy bien, pero siento que estoy a punto de llegar a una conclusión terrible. Es una extraña inquietud como no había experimentado nunca.

—Nunca antes habías tenido una relación tan cercana con un suceso espantoso como éste. Eso es lo que debe haberte alterado. No piensas en otra cosa desde esta mañana.

Él tomó su vaso, le dio vueltas entre los dedos y acabó, dejándolo de nuevo sobre la mesita. Encendió un cigarrillo y dijo:

—Hay algo extraño, espeluznante, en ese chico.

—Seguro. Su retorcido cerebro. Los siquiatras descubrirán que está completamente loco.

El sacudió la cabeza.

—Tú no le has visto. Yo sí,

—¿Y qué? Sabiendo lo que hizo...

—Parece que tenga diez u once años.

—Eso ya lo dijiste antes.

—Y sus ojos, querida. Son los ojos de alguien mucho mayor. Estaba sereno y tranquilo cuando le vi. Los siquiatras no comprendían nada, esa es la verdad. Tuve la impresión de que el chico podía burlarse de todos ellos sí se lo proponía. Y ni siquiera ha cumplido siete años.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Maldito si lo sé. Pero ese chico...

Sacudió la cabeza dejando la frase sin terminar. Joan fue a sentarse a su lado y le pasó el brazo por el cuello.

—Cálmate, de todos modos no es un asunto que te concierna y tú lo sabes. Viniste para investigar OVNIS. ¿Recuerdas? Y eso no tiene nada que ver con platillos volantes, hombrecillos verdes, gigantes ni enanos, así que olvídalo.

El no replicó, pero unos instantes después, la muchacha percibió la súbita rigidez que le asaltaba. Se puso tenso y exclamó:

—¡Aquella noche...!

—¿Qué noche?

Brad se levantó de un brinco ante el asombro de Joan.

Tomó el portafolios y comenzó a revolver las hojas atestadas de notas que significaban meses y meses de incesante estudio. Había incluso diagramas que la muchacha no había comprendido nunca, y que representaban las posibles rutas de los OVNIS observados en cada

época de apariciones.

—¡Aquí está!

—¿Qué?

De espaldas a ella, Joan vio cómo se envaraba. Captó perfectamente cómo se alteraba su respiración.

Con voz sorda gruñó:

—Prepara el equipaje. Nos vamos.

—Como los saltamontes. ¿Adónde esta vez?

Brad se volvió poco a poco. Esbozó una sonrisa tensa y forzada.

—Después de realizar un par de visitas, iremos al refugio del desierto.

Ella casi palmoteó, feliz ante la perspectiva de refugiarse unos días en la cálida soledad de aquel nido de águilas.

No necesitó que le repitiera la orden. Atrapó las pequeñas maletas y empezó a llenarlas apresuradamente.

Luego, volviéndose, preguntó:

—Me gustaría saber a qué obedece eso, de todos modos, Brad.

Él estaba de pie ante el ventanal. Dijo:

—Recordé un comentario del médico forense...

—¿Y qué?

—Dijo que la chica no debió defenderse siquiera, que no peleó para salvarse. El chico no tenía ni un rasguño en el cuerpo. Nada.

—Sigo sin entenderlo.

—¿Por qué la pobre muchacha no se defendió? Era mayor que él, y el miedo debiera haber aumentado sus fuerzas.

—¿Adónde quieres ir a parar?

Los ojos grises, acerados, de Brad, centellearon.

—Sencillamente, querida. No pudo defenderse.

—¿Por qué? Brad, no puedo seguirte a ese ritmo. ¿Por qué

piensas que no pudo defenderse?

El hizo un gesto ambiguo con la mano.

—Te lo diré cuando esté seguro. Vamos, apresúrate.

—Ya lo hago, pero si tanta prisa tienes podrías echarme una mano, digo yo.

—Claro, claro..., disculpa.

Se dedicó a llenar su maleta de cualquier modo, y quince minutos más tarde abandonaban la ciudad como si les persiguieran todos los diablos del infierno,

CAPÍTULO VIII

Llegaron cuando el crepúsculo traía del desierto un aire caliente y seco que levantaba el polvo de las calles. Brad condujo despacio, mirando aquí y allá.

Joan, cansada, murmuró:

—¿Qué estás buscando?

—Un teléfono.

—Tienes uno en el coche. ¿Qué te pasa, has perdido la memoria?

—No quiero que la llamada pase por la central esta vez.

—Ya…, sigues con tus misterios.

Al fin apareció una cabina adosada a una esquina. Detuvo el coche con un largo suspiro de cansancio. Abrió el portafolios y rebuscó entre sus papeles hasta encontrar lo que buscaba.

—Martin Lewis… —murmuró entre dientes—. Y su teléfono. Espero que no lo hayan cambiado en estos años.

Joan se enderezó.

—¡Eh! —exclamó—. Esas son las notas que tomaste hace casi siete años.

—Naturalmente.

Saltó del coche y se encerró en la cabina. Desde el asiento, la muchacha estuvo observándole mientras hablaba. Pensó en los extraños lazos que les unían desde hacía tanto tiempo. Una unión perfecta, apasionada, vital. Intentó recordar cuándo habían discutido por algo la última vez. No pudo recordar ninguna discusión digna de tal nombre y sonrió.

Cuando Brad volvió al coche parecía satisfecho.

—Nos espera —anunció.

—Bésame.

—¿Qué dices?

—Que me beses.

—¿Qué diablos tiene eso que ver con lo que te digo?

—Nada, pero quiero que me beses.

—Bueno.

La abrazó y sus bocas se unieron profundamente. Joan cerró los ojos sumergiéndose en la delicia del beso. Notó la daga viva de la lengua de Brad contra sus dientes y se apretó más contra él, dejándose mecer en la nube de deseo que la envolvía.

Al fin, él se apartó lo justo para verla. Vio realmente sus ojos cerrados, los labios húmedos, y abiertos y dijo:

—Estamos en una calle, nena, Espera a llegar a nuestro refugio.

—¿Cuándo será eso?

—Aún no lo sé. ¿Te sientes mejor ahora?

—¡Maldita sea! Estoy peor y tú deberías saberlo. He olvidado la última vez que estuvimos juntos en nuestro nido de los riscos. Quiero ir allí, Brad, cuanto antes.

—Iremos, te lo prometo.

Puso el auto en movimiento y quince minutos después se detenían ante una casa de dos plantas, bien conservada, con un extenso jardín alrededor.

Brillaba una luz en el porche, y otra parecía luchar por salir del arriate de flores que la envolvía junto a la puerta de la verja.

Joan miró todo aquello con curiosidad.

—Yo recuerdo esto —murmuró.

—Estuvimos aquí hace siete años, la noche del platillo volante. Bueno, a la mañana siguiente, es lo mismo.

El hombre les esperaba en la puerta cuando atravesaron el jardín. Era alto, apuesto, con ramalazos grises en las sienes. Pero había envejecido mucho más de siete años en apariencia, según captó Brad al estrechar su mano,

—¿Se acuerda de nosotros, señor Lewis?

—Creo que sí..., aunque hace mucho tiempo de la única vez que

nos vimos.

Joan le sonrió, indecisa. Él se hizo a un lado, cediéndoles el paso.

El interior de la vivienda era confortable y caro. Flotaba el aroma del tabaco de pipa y reinaba un ligero desorden que no resultaba en absoluto desagradable.

El dueño de la casa apartó unas revistas del asiento de una butaca y murmuró:

—Disculpen este desorden…, vivo solo ahora, de modo que soy un desastre como ama de casa.

—Pero usted estaba casado, si no recuerdo mal.

—Cierto, lo estaba. Mejor dicho, lo estuve. ¿Qué quieren beber? Yo necesito algo fresco con este calor.

—Whisky con hielo estará bien, gracias.

El hombre miró a Joan. Ella asintió y él se fue a preparar las bebidas.

Joan murmuró:

—¿Puedes decirme por qué hemos venido aquí?

—Escucha y lo sabrás.

—¡Te odio! —gruñó la muchacha—. Me gustaría arañarte.

—Hace poco rato querías hacer otras cosas.

El dueño de la casa regresó con los vasos y bebieron en silencio, saboreando el licor helado.

Al fin, Martin Lewis dejó el vaso.

—Y bien, ¿qué es eso tan importante que mencionó por teléfono? No he vuelto a ver ningún otro platillo volante, si resulta que se interesan por el tema.

—En parte, sí. Verá, estuvimos hablando con usted al amanecer del día que…

—Lo recuerdo perfectamente. Yo estaba agotado, después de la estúpida sesión con la policía y todo lo demás. Les faltó poco para encerrarme por chiflado… ¿Saben una cosa? A veces he pensado que solamente ustedes dos creyeron lo que conté.

—Acierta. Le creímos. Y seguimos creyendo que usted dijo la verdad.

—Siempre es un consuelo —murmuró Lewis con sarcasmo.

—Por lo que dijo usted antes, se ha separado de su esposa...

—Hace años ya. Pero no creo que eso tenga nada que ver con ustedes.

—¿Tenían hijos?

La cara amable de Lewis se crispó.

—Oiga, amigo, no veo que tenga usted ningún derecho a meter la nariz en mi vida privada. Le he recibido porque...

—Deje eso.

—¿Qué?

Hasta Joan se extrañó de la súbita brusquedad de Bradley.

Este añadió:

—Estamos aquí por un motivo muy grave, señor Lewis. Se lo aclararé todo tan pronto haya respondido algunas preguntas que pueden parecería excesivamente personales. Pero, en cualquier caso, son importantes.

—No me gusta su tono, amigo.

—Lo siento. Volviendo a nuestro tema, ¿tenían ustedes hijos?

—Dos.

—¿Qué edad tienen ahora?

Lewis rechinó los dientes.

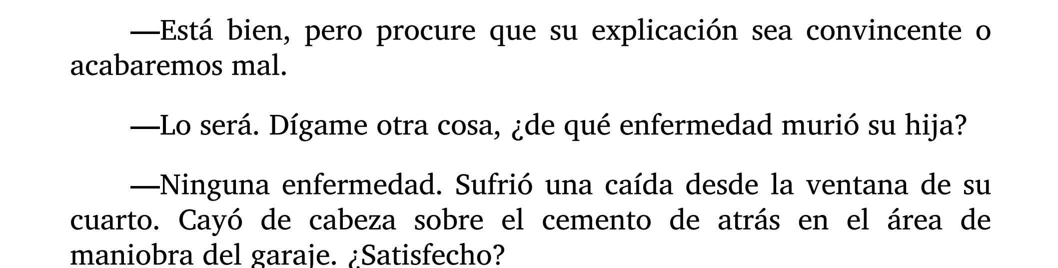
—El niño cumplirá siete años dentro de unos meses. La niña tendría doce... Murió.

—Lo lamento. ¿Hace mucho tiempo?

El hombre suspiró resignadamente.

—Cinco años, poco más o menos. Es usted implacable, ¿eh?

—Debo serlo. Después comprenderá por qué.



—Está bien, pero procure que su explicación sea convincente o acabaremos mal.

—Lo será. Dígame otra cosa, ¿de qué enfermedad murió su hija?

—Ninguna enfermedad. Sufrió una caída desde la ventana de su cuarto. Cayó de cabeza sobre el cemento de atrás en el área de maniobra del garaje. ¿Satisfecho?

—Y tenía entonces, si no equivoco mis cálculos, unos siete años...

—Aún no los había cumplido.

—Y su hijo tendría dos.

—Siga con sus cálculos matemáticos. Cuando se canse espero saber adónde nos conduce todo esto.

—Su hijo no está aquí...

—No.

—¿En un colegio, interno?

—Algo así.

—Es inteligente.... muy inteligente. Y fuerte, bien desarrollado. Parece mayor de lo que es...

Lewis se puso rígido. Su mirada centelleó rebosante de mal contenida cólera.

—Si ha estado fisgoneando a su alrededor y ya sabe todo esto, ¿por qué maldita razón viene a importunarme a mí?

Brad se echó atrás en el asiento, apuro el whisky y como si hablara consigo mismo murmuró:

—Lo malo es que no he fisgoneado..., no he visto jamás a su hijo. No he hablado de él con nadie excepto con usted. Sí, eso es lo malo. Yo acerté.

—¡Condenación! ¿Quiere dejar de hacerse el misterioso?

—¿Dónde está su hijo ahora?

—Podría haber quedado bajo la custodia de su madre. ¿No se le ha ocurrido pensarlo?

—Pero no es así.

—No…, no es así. Ella no quiere ni verle.

Pareció hundirse más en su butaca, súbitamente cansado. Un rictus de amargura se apoderó de su cara.

—¿Por qué no quiere ver la madre a su propio hijo?

—Le detesta. Y le teme, supongo.

—¿Le teme?

Un largo suspiro pareció relajar en parte la tensión de Martin Lewis. Con voz sorda murmuró:

—El niño se llama Frank. Está encerrado en un sanatorio del estado.

—Ya veo.

—No parece que eso le haya sorprendido.

—No me sorprende.

Joan no pudo mantenerse callada.

—¿Se refiere usted a un sanatorio mental?

—Exactamente. Hace casi un año que me vi obligado a llevarlo allí.

—¿Qué clase de sanatorio es? ¿Exclusivamente para menores?

—No es exclusivo para menores, pero tienen una sección dedicada a ellos. Nunca se mezclan con los mayores. Y no quiero seguir hablando de eso. Es doloroso para mí…, muy doloroso.

Brad encendió dos cigarrillos y le ofreció uno a Joan. No habló mientras Lewis estuvo preparando su pipa concienzudamente, tomándose tiempo. Después dijo:

—Usted, cuando tuvo su encuentro con el platillo volante, declaró que sentía un dolor agudo. ¿Lo recuerda?

—Por supuesto.

—¿Dónde?

Lewis dio un vistazo a Joan. Gruñó y dijo:

—En las ingles.

—¿No lo había experimentado nunca antes de aquella noche?

—No. Y unos días después desapareció y, no he vuelto a padecerlo nunca más.

—Lo que voy a preguntarle quizá le haga saltar, pero de todos modos debo hacerlo. Le ruego que no me crea impertinente ni obsceno, señor Lewis.

—Pues sí que lo prepara usted bien. ¿Obsceno dijo?

—Eso es.

—En todo caso, quien se escandalizará será su amiga.

Joan sonrió.

—No se preocupe por mí. Puedo soportar cualquier cosa.

Brad estuvo unos instantes callado, Y de pronto soltó:

—El dolor en las ingles no le desapareció hasta que hubo hecho el amor con su esposa, ¿Es así? Trate de recordar aquellos días, por favor.

Lewis quedó lívido. Después se puso rojo. Poco a poco se levantó y por un instante pareció que iba a golpear a Brad, que continuaba mirándole serenamente.

Al fin se relajó, sentándose de nuevo,

—¿Cómo infiernos puedo recordar una cosa como ésta? Hace siete años... ¿Cree que llevaba un diario, donde anotaba las fechas en que mi mujer y yo…?

Su voz se extinguió bruscamente. Joan le observó con curiosidad y vio extenderse por toda su cara una expresión de perplejidad.

Brad esperaba, tranquilo, saboreando el cigarrillo.

Casi un minuto más tarde, Martin Lewis barbotó:

—¿Es usted brujo o qué?

—Así que acerté.

—Si, en pleno. Y no sólo eso...

Estaba blanco como el papel. Apenas se le oyó cuando dijo ahogadamente:

—No hable, déjeme pensar... ¡Condenación! Déjeme que piense...

Pasaron los minutos en un silencio absoluto. La cara del hombre estaba contraída, y a medida que se adentraba en sus recuerdos, a medida que profundizaba en las ideas que Brad había colocado a su alcance, el desconcierto, el dolor, el pánico incluso, aleteaban en su mirada perpleja.

—De cualquier modo no es posible —balbuceó al fin con una voz como un chirrido—. Estas cosas no ocurren…, no pueden suceder,..

—¿Qué cosas?

—Usted parece saberlo muy bien.

—¿Cómo ha recordado con exactitud, sólo por lo que le he dicho?

—No... no sólo por eso. Ha sido por lo otro —dio otra mirada a Joan antes de añadir—: Por el embarazo.

—Siga.

—No comprendo siquiera cómo estoy hablando de eso con ustedes. Pero lo cierto es que Helen quedó encinta a raíz de aquella noche. Siempre sostuvo que no comprendía cómo pudo suceder, puesto, que ella había tomado las precauciones de costumbre. Pero sucedió, y nació Frank.

—Su hijo está ahora en un sanatorio mental. ¿Qué tendencias mostraba? Crueldad tal vez…, precoces instintos sexuales…

—Ambas cosas. Una crueldad extrema en primer lugar. ¿Cómo...?

Brad masculló un juramento.

—Creo que es hora de hablar claro, señor Lewis. Acabamos de llegar de Albuquerque. Allí se ha dado un caso de violación y asesinato de una niña de catorce años. Fue cometido por un chico que aún no había cumplido los siete. El padre de ese engendro sufrió una experiencia semejante a la de usted…, la misma noche que usted, con un platillo volante en el que había tres seres de elevada estatura, cubiertos por una especie de armadura plateada, flexible, pegada al cuerpo. El sufrió también un agudo dolor en las ingles. Su esposa quedó encinta aquella noche.

Lewis estaba boquiabierto, espantado.

No habló. Sus ojos desorbitados, iban del uno al otro como

alucinado.

Joan estaba casi tan perpleja como él.

—¿Comprende las conclusiones a que nos lleva todo esto?

La voz serena de Brad pareció devolverle el habla.

—Preferiría no comprenderlo. Sería... monstruoso.

—¿Cree que tengo razón?

—No lo sé. ¡Ojalá lo supiera!

—Su hijo debió ser precoz en todo. En aprender a hablar, a andar por sí solo, a comer sin ayuda…

—Realmente, fue más que eso. Los médicos estaban asombrados. Pero ya desde muy pequeño empezó a tener malos instintos. Apenas podía andar y ya maltrataba a los animales..., hubo ocasiones que me puso los pelos de punta. Fueron unos años espantosos.

—¿No sorprendió en él algún fenómeno, digamos... insólito?

—¿A qué se refiere?

—No sé, quizá telequinesis, hipnotismo, ¿algo así?

—No, que recuerde. Pero parecía casi insensible al dolor, eso sí resultaba asombroso tratándose de una criatura tan pequeña. Y volvamos al principio si no le importa. Si no comprendo mal, usted piensa, que los seres del maldito platillo volante me hicieron algo... algo en las ingles, que provocó que mi hijo naciera como nació…, un pequeño monstruo, sádico y cruel. ¿Es así?

—Casi estoy por afirmarlo, teniendo en cuenta que es el segundo caso que compruebo. Y deben haber más, producto de las apariciones de la nave aquella noche y en las sucesivas,

—Es increíble. Y horrible, ¿Cómo podrá probarlo?

—No lo sé. Sería precisa una investigación a escala nacional... comprobar millares de nacimientos que correspondieran a embarazos de aquellas fechas. Una tarea imposible.

—Lo que puede significar que estén creciendo entre nosotros toda una generación de seres dispuestos a destrozarnos. Si habla de eso públicamente le encerrarán por loco, amigo. Es lo que yo pensaría sino hubiera sufrido en mi propia carne esta experiencia.

—Trataré de ver a su hijo, señor Lewis. Sabiendo lo que ahora sé, quizá pueda sorprender en él algo que nos permita reconocer a los demás, aunque no hayan cometido todavía ninguna atrocidad.

—No tengo inconveniente. ¿Se da cuenta de la responsabilidad que adquiere, señor Crum? Es usted el único que ha sospechado la verdad, suponiendo que esto sea la verdad. Y han pasado años sin que nadie...

Sacudió la cabeza, incapaz de asimilar todo el alcance de lo que estaban desvelando.

Brad dijo:

—También hace muchos años que trato de investigar esto a fondo. Empecé a interesarme a raíz de las apariciones de OVNIS en el año ochenta. Aunque no se profundizó entonces, existen evidencias de que seres de otro mundo pisaron la Tierra. Hay testigos que los vieron, y contemplaron cómo al librarse de sus extraños cascos se ahogaban, o morían, y tenían apenas tiempo de autodestruirse, ellos y su nave. Después, durante cinco años, no volvieron a verse. Pienso que estarían investigando el modo de adaptarse a nuestra atmósfera, a nuestro mundo de aire sucio y contaminado.

—Ya veo…

Brad se levantó.

—De alguna manera incomprensible para nosotros, lograron alterar la función de los genes en usted y otros hombres, que, al igual que usted, cayeron en sus manos. Sin embargo, algo debe fallar. No puedo creer que esos seres increíblemente adelantados, desearan crear esos monstruos dañinos y destructivos.

—Cualquiera sabe... Necesito otro trago, ¿Quieren...?

—No, gracias. Sólo indíqueme cómo llegar al sanatorio y lo dejaremos en paz.

—No creo que vuelva a tener paz en el resto de mis días.

Cuando ya estaban en el coche, y rodando velozmente por la amplia autopista, Joan murmuró:

—Es horrible, Brad. Sólo imaginar que estés en lo cierto siento que podría ponerme a chillar. Y ese pobre hombre...

—Por suerte para él, no se le ha ocurrido relacionar la muerte de

su hija con todo lo demás.

Joan casi saltó en el asiento.

—¿Tú crees que...? ¡Pero es imposible! El niño no podía tener entonces más de dos años...

—Nadie puede saber lo que pasó, pero opino que cabe muy bien esta posibilidad. Sin embargo, recuerda que esos chiquillos poseen una fuerza extraordinaria, son terriblemente precoces. Y gozan de alguna extraña facultad que inutiliza a sus víctimas. La chica de catorce años ni siquiera luchó, no intentó defenderse. Un perrazo dogo se dejó matar sin pelear tampoco... Aunque eso no es extraño. Ninguno de los hombres que sufrieron la tremenda experiencia en su propia carne sufrieron ni lucharon. No recuerdan tampoco cómo entraron en la nave, ni qué les hicieron una vez en su interior. Debe tratarse de alguna especie de hipnosis, tan poderosa que puede anular por completo a un ser humano adulto.

Joan fue incapaz de hablar. Recostó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos, dejándose acariciar por el cálido aire de la noche.

En el negro firmamento, las estrellas brillaban, grandes, nítidas, albergando en su insondable misterio el secreto que ellos intentaban revelar.

Brad hundió el acelerador y la poderosa turbina zumbó con más poder, apenas audible, lanzando el coche como una bala en la solitaria carretera rumbo al horror y a la muerte.

CAPÍTULO IX

No era un lugar acogedor. Ni siquiera medianamente atractivo, y menos en plena noche.

El empleado que acudió al sólido portón de la verja era corpulento y tenía una cara neutra y aburrida.

—¿Qué desean? —rezongó—. No pretenderán entrar a estas horas...

—Eso es lo que pretendemos. Dígale al director que es un asunto de máxima urgencia.

—Si despierto al señor director a esta hora, me despide. Vuelvan por la mañana... Además, él no vive aquí. Pero ni siquiera por teléfono me atrevería a llamarle, a menos que se alborotaran todos los enfermos a la vez,

—Entonces, ¿quién está a cargo del sanatorio?

—Otro doctor.

—Bueno, entonces avísele.

El hombre sacudió la cabeza.

—Ya les he dicho que no se admiten visitas a semejantes horas de la madrugada. Ni para ingresar pacientes, no les digo más.

Joan murmuró:

—Volvamos por la mañana, Brad..., después de todo no puedes hacer nada tampoco.

—Eso es lo que me desespera..., no hacer nada práctico.

Volvieron al coche, y con él se encaminaron a la más próxima población.

Había un pequeño hotel, con un empleado que apenas si podía mantener los ojos abiertos mientras se inscribían en el registro. Les dio una llave, un número, y volvió a cabecear en su sillón.

La habitación era reducida, confortable y por la ventana abierta penetraba, el mismo aire cálido que llegaba del lejano desierto.

Joan corrió las cortinas, aunque no cerró los batientes. Un minuto después estaba desnuda, gozando bajo el chorro frío de la ducha.

Brad se le unió poco después. Abrazados bajo la fina lluvia, besándose como locos, trataron de olvidar el horror que ambos intuían cada vez más próximo.

Se secaron uno al otro, y luego se tendieron en la cama, sin hablar, amándose hasta el delirio, hasta alcanzar las cumbres del goce absoluto.

Hasta el agotamiento y el sueño.

* * *

El chico aparentaba por lo menos diez años. Era fuerte y de rostro alargado. Tenía unos ojos oscuros, profundos y que no expresaban sentimiento alguno según pensó Brad al verle.

El doctor Morse dijo:

—Es un caso sorprendente. Apenas duerme, y por las noches parece más despierto que durante el día. ¿Cómo estás esta mañana, Frank?

El chico se encogió de hombros.

—Bien. ¿Quién es ése, otro médico?

Señalaba a Brad, y éste advirtió cuán fuertes parecían sus manos.

—Un amigo de tu padre. Ha venido a verte.

Brad dijo:

—Hablé con él ayer. Te echa de menos.

—Eso no es cierto.

El doctor trató de sonreír amistosamente.

—¿Cómo puedes decir eso? —le reconvino.

—Mi padre me detesta. Y me teme. ¿Creen que no lo sé?

Miraba a Brad con extraña fijeza. Este advertía su creciente malestar.

—¿Por qué dices que tu padre te teme, Frank?

—Porque es verdad. Y déjenme en paz.

Les volvió la espalda y fue a mirar por la ventana, protegida por una reja.

El médico gruñó;

—No estás muy sociable esta mañana, Frank.

—No quiero que me estudien como un bicho raro.

—¿Quién dijo que queríamos hacer eso?

—Lo sé.

—Yo, no. Escúchame…

Se volvió violentamente.

—¡Pero él sí, ese amigo de mi padre! Déjenme solo. Quiero dormir.

Se tiró sobre la cama y cerró los ojos. Quedó inmóvil, respirando agitadamente.

El doctor Morse señaló la puerta y Brad le siguió hacia el pasillo. Un enfermero cerró por fuera y el médico comentó:

—Durante el día siempre está así de esquivo. Es un caso tan insólito que no consigo penetrarlo, entenderlo. Luego, por las noches, parece cobrar nueva vida.

—Entonces, me gustaría verle por la noche, doctor.

—Antes de autorizarle, quisiera saber qué se propone usted en realidad. El hecho de que el padre del paciente le haya enviado no creo que sea suficiente razón.

—¿Ha consultado usted con el señor Lewis?

—Por supuesto.

—¿Y qué le ha dicho?

—Me pareció alterado... Bueno, sus palabras fueron poco más o menos que, para todos los efectos, usted podía obrar como si se tratara de él mismo.

—Entonces, ¿qué más quiere usted, doctor?

—No lo sé. Si se tratara de otro paciente... Pero ese chico me preocupa cada día más.

—¿Ha intentado escapar alguna vez?

—No, pero eso no indica nada. Tampoco podría hacerlo aunque quisiera.

Llegaron al vestíbulo. Joan estaba de espaldas, hablando animadamente con la encargada de la recepción. Cuando Brad la llamó aún tardó unos instantes en separarse de ella, y luego los dos salieron de la clínica sintiendo tras de sí la intrigada mirada del director.

Minutos después, Joan murmuró:

—Bueno, cuéntame. ¿Cómo es?

—Extraño. Brusco, inteligente. Adivinó que yo pretendía examinarlo. Ahora ya no me cabe ninguna duda.

—¿Y qué harás?

—Volver esta noche. Según el doctor Morse, es cuando demuestra más vitalidad, cuando está más sociable.

—¿Qué sentiste al verlo?

El tardó un poco en replicar. Tomó una curva y luego dijo:

—Miedo, eso es lo que sentí.

Joan no hizo ningún comentario.

Hasta que unas millas más adelante murmuró:

—La enfermera de recepción no vive en la clínica. Tiene un apartamento en el pueblo. Termina su turno a las siete de la tarde, aunque a veces sale mucho más tarde.

—¿Y qué?

—Anoche vio un platillo volante.

Brad casi perdió el control del coche. Redujo la velocidad y gruñó:

—¿Por qué no me lo dijiste en la clínica?

—Porque temía que la asustaras con tus preguntas. Ella lo toma a

broma, no está segura. Pero yo sí. Vio primero una luz intensa en el firmamento, una luz que se desplomaba a gran velocidad. Estuvo observándola porque pensó que se trataba de una estrella fugaz, como me ocurrió a mí aquella noche. Bueno, la luz se detuvo, perdió brillo y al fin se apagó.

—¿Dónde sucedió eso?

—Sobre la colina que hay detrás del sanatorio, poco más o menos:

—¿Y luego?

—Nada. Intentó ver algo, pero la oscuridad era absoluta. Según ella, el diámetro del disco de luz no bajaría de los cien metros por lo menos.

—¿Sabes si le ha hablado a alguien de ese fenómeno?

—No se lo pregunté. Quizá no, si temió que se rieran de ella. A mí me habló porque yo saqué a relucir el tema.

Brad calló. Estaba impaciente porque llegara la noche.

Impaciente y, sin ninguna duda, asustado.

CAPÍTULO X

Detuvo el coche fuera del recinto sanatorial, a la vista del alto muro que cercaba el extenso terreno poblado de jardines y árboles. En las tinieblas, la pared era apenas visible.

Encendió un cigarrillo, pensativo y silencioso. A su lado, Joan susurró:

—¿Por qué te has detenido aquí? Y también me gustaría saber por qué has esperado hasta tan tarde para venir. Pasaste el día dando saltos de impaciencia, y cuando llegó la noche retardaste tu venida... ¿Por qué?

El saboreó el humo unos segundos,

—Quise darles tiempo.

—¿Tiempo? —Joan se inclinó hacia él intentando verle la cara—. ¿A quiénes?

—A los extraños del platillo volante.

—¡Brad!

—Quizá acierte también en eso, ¿no crees?

—¿Piensas que van a volver esta noche?

—¿Y por qué no? La enfermera vio la nave ayer. Se detuvo a dos millas de aquí, sobre la colina, según te contó. Y dentro de esos muros hay lo que podríamos denominar uno de sus descendientes. No me sorprendería nada que volvieran. Quizá intentan ponerse en contacto con él, sólo que anoche no lo hicieron. Nadie en el sanatorio notó nada extraño, así que puede ser que vuelvan a intentarlo...

Instintivamente, Joan dirigió una asustada mirada a las tinieblas que les envolvían, a la negrura de un cielo sin luna, donde palpitaban las estrellas en una silenciosa sinfonía cósmica.

Casi esperaba ver desplomarse aquella gigantesca luz, semejante a la que viera siete años atrás.

Sólo que no vio nada de eso.

Brad apuró el cigarrillo y apagó la colilla en el cenicero del

coche. Lo puso en marcha y siguió la carretera que bordeaba los muros.

Joan dio un respingo.

—¿Adónde vamos? —exclamó—. La entrada está al otro lado...

—A la colina.

Aceleró cuando la carretera comenzó a empinarse. Atravesó un bosquecillo por un pavimento en mal estado, cada vez más empinado y difícil. Al salir de la masa boscosa paró el auto y escuchó, tenso como un cable. A su lado, Joan comenzó a experimentar una extraña inquietud.

Él dijo:

—¿Lo notas?

—¿Qué, el miedo que tengo?

—El silencio.

—Claro. Estamos en un bosque, de noche...

—Debería haber algún rumor. Hay docenas de animales que viven de noche, que cazan de noche... y no se mueve ni una rama.

Volvió a acelerar y el motor zumbó al remontar la empinada cuesta, acercándose cada vez más a la cumbre.

Y de pronto, sin ningún aviso, el motor se paró y los faros se apagaron. Joan dio un grito. El coche empezó a deslizarse hacia atrás hasta que Brad aplicó los frenos,

—¡Están ahí! —jadeó—. ¡Tienen que estar ahí...!

Abrió, la portezuela. Joan gritó:

—¡No me dejes sola, Brad!

—Ven conmigo.

—¡Oh, no! Eso no, Brad...

El la miró en la oscuridad.

—Hemos venido para aclarar ese misterio, ¿recuerdas? Yo también tengo miedo. Un miedo espantoso, lo creas o no, pero es nuestra única oportunidad.

—¿Y si… si nos hacen algo…, si te hacen lo mismo que a los otros hombres?

Por un instante, él contuvo el aliento. Se miraron al fondo de los ojos, como transmitiéndose el horror de aquella perspectiva.

Luego, él murmuró:

—De algún modo, a Lewis y los demás les hipnotizaron, dominaron su voluntad. Tal vez conmigo no lo consigan porque yo sé que debo resistir, que no debo entregarme. Mantendré mi mente firme en una idea concreta: No dejarme dominar. Voy a probarlo. Tú no salgas del coche.

Saltó al suelo y cerró la portezuela. Aún oyó el grito de Joan antes de alejarse.

Vio la inmensa mole oscura, suspendida en el aire como si estuviera firmemente sujeta a la nada. Era un disco colosal, de un metal grisáceo, sin brillo.

Asombrado, asustado, pero también terriblemente intrigado, Brad siguió avanzando despacio por el camino sin despegar la mirada de la inmensa nave, silenciosa y quieta.

No supo cómo, pero de repente se detuvo en contra de su voluntad de continuar adelante. Estaba apenas a cincuenta metros de la mole extraña, pero una fuerza desconocida le mantenía clavado en el suelo.

Trató de avanzar y no pudo. Dio un paso atrás y nada le impidió moverse en esa dirección. Volvió a avanzar ese paso, pero ninguno más. Era como si hubiera un muro de sólido ladrillo delante.

Mientras estaba mirando fijamente aquella cosa, un pequeño faro amarillento brilló de repente en el borde de la nave. La luz pálida le inundó, recortando su silueta en las tinieblas.

Instantáneamente, experimentó una creciente laxitud. Luchó ferozmente para mantener la mente, ocupada, y aun así advirtió que su voluntad se debilitaba. Lo mismo debieron sentir los hombres que, siete años atrás, fueron atraídos al interior de la máquina del espacio.

Sólo que aquello que intentaba dominarle no le atraía, sino que intentaba rechazarlo, alejarle.

Comenzó a sentir un sudor helado, jadeando por el esfuerzo. Era como si le empujaran las manos de un gigante, le empujaran hacia

atrás. Brad resistió recurriendo con desesperación a todas sus fuerzas, los pies clavados en el suelo, como atornillados allí.

Nunca supo cuánto tiempo duró aquella tortura. Pero tan repentinamente como había brillado, el faro se apagó y volvió a encontrarse sumido en la negrura y sin nada que le empujara. Respiró hondo, temblando.

Y entonces, allá arriba, se abrió una escotilla cuadrada, mostrando un interior iluminado por una luz azulada, tenue.

Dos altas figuras se recortaron contra aquella luz. Brad contuvo el aliento, porque los extraños eran soberbiamente proporcionados y no había nada terrorífico en ellos. A simple vista, nada desentonaba en sus siluetas. Llevaban unos sólidos cascos cerrados en los que se distinguía una rendija a la altura de los ojos,

Boqueó un par de veces y no pudo articular palabra. Luego, cuando encontró la voz, gritó:

—¿Quiénes son ustedes, de dónde vienen? Deseo hablarles, y que me hablen. ¿Pueden entenderme?

Durante unos instantes, su mente se convirtió en un caos, como si de repente fuera incapaz de coordinar una sola idea correcta. Después, pensó que debía alejarse. *Que quería alejarse.*

Pero deseaba seguir allí al mismo tiempo, entrar en contacto con los extraños seres del espacio... *y debía retroceder, alejarse, alejarse...*

Estaban ordenándole, eso era. De algún modo se comunicaban mentalmente...

Los dos seres seguían en la escotilla, quietos, soberbios.

Brad dio un paso atrás, y después otro. Sabía que podía resistir, que podía hacerlo, pero ahora un pánico que no le era impuesto por aquellos poderosos cerebros se adueñaba de él,

Al fin, dio media vuelta y echó a correr hacia el auto.

Se precipitó en el asiento, jadeando. Joan gritó y trató de abrazarle.

—¡Brad! ¿Qué te sucedió?

—Nada, suéltame.

—¿Qué te pasa?

—Había dos tripulantes..., dos seres muy altos…

—¿Los viste?

—¡Sólo vi a dos de ellos!

—No te comprendo... ¡Brad, cálmate!

El probó a poner en marcha el motor. La máquina no dio la menor señal de vida.

Con un juramento, soltó los frenos y el bólido comenzó a deslizarse hacia atrás, cuesta abajo, más y más rápido.

Joan sentía un pánico creciente. Veía las rígidas facciones de él, sus esfuerzos por controlar el coche, y de repente las luces se encendieron y el motor zumbó con su sorda y poderosa voz.

Brad maniobró velozmente, dando la vuelta y casi lanzando el bólido fuera de la carretera. Después aceleró y emprendió una carrera suicida cuesta abajo.

La muchacha no se atrevió a pronunciar una palabra por temor a distraerle. El aire aullaba a semejante velocidad y los árboles del bosquecillo eran apenas sombras fugaces desapareciendo como negros chispazos.

Cuando los conos de luz alumbraron el alto muro del sanatorio, Brad redujo la velocidad y gruñó;

—Deben estar aquí... ¿Entiendes?

—No. Cálmate, querido...

—Sólo había dos tripulantes en la nave. Y era mucho más grande que las que Lewis y los otros describieron. Y ellos vieron a tres de esos hombres, o lo que quiera que sean.

Paró ante el portón y llamó febrilmente.

Nadie acudió.

De nuevo, una extraña laxitud empezó a hacer presa en sus miembros.

—¡Oh, no! —jadeó—. Esta vez no, maldita sea...

Joan gritó algo con voz débil. Se volvió. Ella apenas podía sostener la cabeza erguida.

—¡Brad! ¿Qué es eso? No puedo... no puedo...

—Relájate, no te sucederá nada... ¡Relájate!

Los ojos de la muchacha se cerraron dulcemente. El abrió la portezuela y se apeó de un salto, toda su poderosa mente concentrada en una sola dirección, en una sola idea.

Se encaramó por la verja, desgarrándose las ropas al saltar al otro lado. Echó a correr hacia los edificios oscuros, sin una luz. Nunca antes había experimentado tal confusión de sensaciones, tal cúmulo de encontrados deseos. Quería detenerse, descansar, relajarse y dormir. Y quería llegar a los siniestros muros salpicados de ventanas oscuras y descubrir qué estaba sucediendo allí... descubrir a los intrusos, y al chico de Lewis, y saber... sobre todo quería saber...

El vigilante que ya conocía estaba sentado en la gravilla, delante de la puerta principal. Parecía dormir profundamente.

Brad le zarandeó sin que el hombre diera señales de vida. Sin embargo, respiraba como un fuelle.

La puerta estaba cerrada por dentro. Brad corrió pegado al muro hasta la esquina, buscando un lugar por el que penetrar en el edificio.

Al doblar el ángulo de las paredes lo vio y se detuvo en seco.

En la oscuridad, su plateada figura se destacaba con claridad, parada allí semejante a una perfecta escultura metálica.

Pero no era de metal. Ahora, Brad estaba convencido de que aquella suerte de malla plateada cubría un cuerpo perfecto.

Se apartó del muro silencioso como un gato, fascinado.

Oyó un crujido en lo alto. Levantó la mirada.

En una de las ventanas, unas manos estaban arrancando la reja como si la pared fuera simple mantequilla. La reja cayó al suelo con un estridente sonido metálico y una cabeza apareció en el hueco de la ventana.

Era el hijo de Lewis.

Le vio encaramarse en el alféizar. Estaba en un segundo piso y por un instante Brad creyó que iba a arrojarse de cabeza.

Entonces, el ser plateado extendió sus manos hacia él y el cuerpo del niño salió de la ventana y flotó suavemente en el aire,

deslizándose al suelo como sí pesara menos que una pluma.

Una vez frente al gigante, el niño se quedó quieto, mirándole, sin hablar una palabra. El extraño se desprendió de un delgado cinto, que ciñó en torno al chico. Tras esto retrocedió unos pasos.

El niño tanteó en el cinto con sus fuertes dedos, como si buscara el modo de desprenderse de él.

Y mientras Brad seguía mirándole fascinado, el pequeño cuerpo relampagueó, envuelto en una cegadora luz, y desapareció.

Fue visto y no visto. El brillante relámpago no duró ni una fracción de segundo y acto seguido el extraño se volvió y él y Brad quedaron mirándose a una distancia de diez metros.

Brad balbuceó:

—¡Le ha destruido…!

El ser del espacio caminó unos pasos hacia él. Brad pudo advertir que no era una armadura rígida lo que le cubría, sino algo suave y dúctil que se adaptaba a su cuerpo como la propia piel.

No sintió ningún temor, pero continuaba concentrando todos sus sentidos en la mente, en rechazar cualquier poder que tratara de dominarle,

—¿Quiénes son? —dijo en voz alta—. ¿De dónde vienen? No comprendo sus actos. Primero crean, luego destruyen…

Le pareció como si de la rendija del casco surgiera una onda quieta, sedante, que le envolvía dulcemente.

—*No debiste verlo.*

¿Quién había dicho eso?

Ninguna voz. El silencio era absoluto, total.

—¿Cómo puede hablarme sin sonido? —preguntó.

El extraño le miraba fijo, quieto, sin ninguna actitud agresiva.

No supo cuánto tiempo transcurriría hasta que de nuevo percibió en su mente aquel pensamiento que él no elaboraba, pero que estaba allí, firme y claro.

—*Lo has comprendido. Estás aquí porque comprendes.*

—Sé que fueron ustedes quienes alteraron los genes del padre de ese niño. Y de otros.

—No los alteramos. Les implantamos genes nuevos. ¿Tienes miedo?

—No. Bueno, no mucho. Ustedes crearon unos monstruos crueles, obscenos. No tenían derecho a hacer eso,

—No creamos monstruos. Queríamos adaptar nuestros descendientes a este mundo. Queríamos que vivieran después de nuestra destrucción. Hubieran debido ser hombres fuertes, con nuestro cerebro infinitamente más inteligente que el vuestro. Debían aportar nuestra ciencia, nuestra paz a este mundo.

—¿Por qué?

—Estamos condenados a la extinción en nuestro propio planeta.

Brad no replicó. Era asombroso cómo podía mentalizar las ideas del ser que estaba ante él, poderoso y seguro.

—No podemos vivir en esta atmósfera vuestra. Nos destruye en unos segundos. Pero pensamos que si implantábamos nuestros genes en los humanos al nacer aquí podríamos adaptarnos perfectamente.

—Estaba seguro de que se trataba de eso..., lo comprendí después de mucho tiempo de reflexionar sobre el tema.

—Eres inteligente. Eres sincero y sano. Pero nuestro experimento fracasó a pesar de tantos estudios. Quizá nos equivocamos con los hombres elegidos.

—Tal vez. Yo pienso que no se puede alterar la naturaleza.

—Queríamos mejorarla. Pero el mal no está en nuestros genes. ¿Comprendes?

Brad intentó penetrar eso. No lo consiguió.

El extraño añadió:

—La maldad, el instinto de destrucción, la codicia, la desbordada lujuria y la crueldad lo lleváis vosotros en vuestros genes. Eso fue lo que no comprendimos a tiempo.

—¿Quieres decir...?

—Sí, al desarrollar la inmensa inteligencia que llevan nuestros genes en el cuerpo y la mente de los humanos, se produce esta mutación. Sus

instintos ya no son controlados y la bondad es anulada por el mal. Vuestro mal.

—¿Qué va a ser de los demás niños?

—Desaparecerán. Como el que tú has visto. Quizá algún día... con hombres como tú.

El extraño dio media vuelta y caminó hacia el fondo del jardín. Brad sintió la imperiosa necesidad de llamarle, de gritarle que siguiera hablándole. Quería ser su amigo, saber más, conocer cuál era aquel mundo condenado a desaparecer. Y, quizá, hasta pudiera ayudarles...

No pudo hacer nada de todo eso porque el fantástico ser del espacio había desaparecido de su vista.

Tambaleándose, fue a examinar el lugar donde el brillante relámpago había destruido al niño. No quedaba, nada, ni el menor, rastro de su existencia.

Retrocedió corriendo hacia el portón. No quería que le descubrieran allí. No quería tener que explicar lo que no tenía explicación para quien no hubiera visto lo que él viera.

Volvió a saltar la verja, volvió a desgarrarse más las ropas, y al fin entró en el coche. Joan estaba reclinada en el respaldo, inconsciente y respirando con normalidad.

Cuando levantó la mirada, por encima de los grandes edificios, hacia la colina, una inmensa luz se elevó en la negrura. Despacio, majestuosa, y de repente saltó hacia el firmamento como un rayo, a una velocidad imposible, y desapareció en unos segundos.

Brad condujo a creciente velocidad rumbo al desierto.

* * *

Estaban tendidos en la terraza, desnudos, con la luz de una luna enorme bañándoles sus cuerpos perfectos. El viento del desierto llegaba plácido, caliente como una caricia.

Joan susurró:

—¿En qué piensas?

—En «ellos». En su drama, en lo que significan en la inmensidad del espacio,

—Encontrarán el modo de sobrevivir. Forzosamente deben tener una inteligencia inmensa... Sobrevivirán de algún modo.

El no replicó, la mirada perdida en la bóveda insondable de aquella nada que, no obstante, ahora sabía que estaba poblada de unos seres que vagaban en busca de su supervivencia,

Joan dio la vuelta y apoyó la cara sobre el torso desnudo de él. Con voz lenta susurró:

—Te quiero, Brad. Te quiero mucho.

El la abrazó. La llama viva de su boca le hizo olvidar la tragedia de los seres del espacio y todo lo que no fuera aquel amor que palpitaba entre sus manos.

El también dio la vuelta, y un instante después se amaban desenfrenadamente, envueltos en el misterio de la noche, bajo la chispeante mirada de las estrellas.

¿O no eran sólo las estrellas?

FIN